





# **ESTAFADO POR EL ESTOFADO**

**CHARLES MILLS**

TRADUCCIÓN: FLORENCIA MORENO



Asociación  
Casa Editora  
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG  
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.



## Tabla de contenido

1. Demasiada sal .....	6
2. Pan de carne .....	23
3. Un plan perfecto .....	42
4. Comida para el alma .....	63
5. La caja misteriosa .....	82
6. El primero y el último .....	100
7. Todo resuelto .....	118
Receta del estofado para ir a dormir .....	126
Arte Culinario .....	127





## Capítulo 1

### DEMASIADA SAL

**E**l señor Andrew Gabbert tenía unos cincuenta años, era calvo y tenía una cicatriz delgada en su sien derecha. Ese día, bajo un traje de tres piezas que cubría su cuerpo regordete, se sentó en su escritorio mientras observaba una hoja de papel.

—¡Qué vergüenza! —exclamó en voz alta, pese a que no había nadie más en su pequeña y escasamente amueblada oficina ubicada en el segundo piso de un edificio maltrecho, en el lado sur de Chicago.

—Le das a un hombre un descanso, y ¿cómo te lo paga?

Señaló una fila de números como si así quedara demostrado el motivo de su frustración.

—Así es cómo: el muy desagradecido se va de la ciudad. Sube a su esposa y a sus hijos a la camioneta y se aleja, dejando a un hombre de negocios honesto como yo sin un centavo de ganancia por su inversión. ¡Qué mal que está esto!

Extendió la mano y presionó un botón en un intercomunicador ubicado sobre su escritorio.

—Señorita Bender, ¿está ahí?

—¿Dónde más estaría? —respondió ella rápidamente a través del altavoz agrietado—. ¿Acaso alguna vez llamaste y descubriste que no estaba aquí?

Gabbert parpadeó.

—En realidad, no.

—Pues bien, aquí estoy —dijo la recepcionista—. Entonces, ahora que me has encontrado, ¿qué quieres?

Gabbert se aclaró la garganta.

—Necesito hablar con nuestro mejor investigador y tiene que ser de inmediato.

—Solo tenemos uno, de modo que la elección será fácil —respondió la señorita Bender—. De hecho, el señor Howell ha estado sentado aquí, con sus zapatos sucios apoyados en mi escritorio, desde que comenzamos a hablar. ¿Le gustaría que lo envíe o prefiere gritarle desde la puerta, como lo hace generalmente?

—Envíalo —ordenó Gabbert—. Ah, y... señorita Bender, no me pase ninguna llamada.

La joven señorita Bender presionó el botón de desconexión y miró a su compañero.

—El señor Gabbert quiere verte —le comunicó.

El hombre con el que estaba hablando, Martin Howell, tenía poco más de treinta años. Tenía el cabello oscuro, era corpulento y vestía una camiseta negra sin mangas.

—Sí, escuché —dijo asintiendo—. ¿Qué crees que quiera?

La señorita Bender hurgó dentro de su bolso y sacó una lima de uñas.

—Déjame pensar... —dijo, mirando el dedo índice de su mano izquierda—. Tengo una idea: ¿Por qué no entras y lo averiguas? De esa manera, podrás responder la pregunta tú mismo. Mientras tanto, estaré ocupada respondiendo todas las llamadas del señor Gabbert. No será una tarea muy difícil, pues la compañía telefónica cortó el servicio en marzo.

Howell se puso de pie, estiró los músculos del cuello, y dejó escapar un eructo largo y satisfactorio.

—¿Me extrañarás? —preguntó mientras caminaba hacia la puerta de la oficina que separaba las dos habitaciones.



—Como un perro extraña las pulgas —respondió la señora Bender con una sonrisa.

El investigador entró en la oficina de su jefe y se dejó caer sobre una silla de metal junto al archivador vacío.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Gabbert suspiró.

—Señor Howell, le agradecería si mostrara un poco más de respeto. Después de todo, soy el hombre que paga su salario.

Howell rio entre dientes.

—¿Salario? ¿Llamas a esa mísera cantidad, sin beneficios, sin cuenta de gastos y sin bonificación de Navidad, "salario"?

Gabbert sacudió la cabeza con tristeza.

—Son tiempos difíciles, muchacho. Todos debemos hacer sacrificios. Yo, por ejemplo. Soy un hombre de letras, graduado con honores de una prestigiosa escuela secundaria del Atlántico Medio.<sup>1</sup> Pero ¿acaso me quejo por vivir sin los privilegios básicos de mi profesión?

—¿Te refieres a tener calefacción y aire acondicionado?

—Exactamente. Algunos hombres no tolerarían tales condiciones. Algunos arrojarían la toalla, se rendirían, buscarían otro trabajo. Pero no es mi caso. No, señor. Yo permanezco de pie con mi dignidad intacta.

En ese momento, un ratón atravesó el piso desnudo y se escabulló dentro de un agujero masticado en el zócalo de la puerta.

—Por eso, es esencial que se hagan todos los esfuerzos posibles para localizar a un hombre que, unas semanas atrás, tomó mis últimos dólares y huyó de la ciudad. Debe ser detenido y castigado por su indebida apropiación financiera.

—¿Te refieres a Ben?

—Sí, él es el villano en cuestión.

<sup>1</sup> Nota de la traductora: El Atlántico Medio es una región de Estados Unidos que comprende los Estados de Nueva York, Pensilvania, Maryland y Nueva Jersey, entre otros; y alberga prestigiosas instituciones educativas.

Howell se rio.

—Pensé que usted le había prestado dinero para comenzar un restaurante, o algo así, como esos salones de mala muerte ubicados cerca de la Torre Sears, donde los hombres de negocios se reúnen para almorzar.

—Esos son detalles insignificantes —dijo Gabbert con un ademán—. La cuestión es que se ha llevado mi dinero, y quiero recuperarlo.

El investigador entornó los ojos.

—¿De cuánto estamos hablando?

Gabbert estudió sus papeles con cuidado.

—Según mis registros, y siempre llevo excelentes registros, el perpetrador huyó de la ciudad con más de dos mil dólares, que yo gané con tanto esfuerzo y sacrificio.

Howell dejó escapar un suave silbido.

—¿Dos mil dólares? Eso equivale a muchas papas fritas.

—Exactamente. Por eso, iremos y recuperaremos mi capital.

—¿Iremos? ¿Acaso dijiste "iremos"?

—Correcto, y por una buena razón. La realidad es que, debido a una reciente racha de mala suerte en las apuestas de carreras, el dinero que Ben tomó de este establecimiento es todo lo que me queda en este mundo. A menos que lo recupere, me veré obligado a cerrar el negocio para siempre. Sería muy lamentable tener que comunicar el cese de actividades definitivo del Grupo Financiero Gabbert.

Howell miró alrededor de la habitación: el papel tapiz estaba manchado y desgarrado por partes, y las cortinas estaban hechas flecos.

—Sería una verdadera lástima —respondió.

Gabbert se puso de pie y abotonó su abrigo sobre su sobresaliente barriga.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo—. Ahora, si eres tan amable de prepararte para el viaje, saldremos de inmediato.



El auto de la compañía está listo y ya tengo preparados los mapas.

El investigador asintió y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se detuvo.

–Disculpe, jefe, pero ¿adónde vamos exactamente?

Gabbert estudió una página apoyada sobre su escritorio antes de responder.

–Según la información disponible sobre su último lugar de residencia, el hombre que buscamos tiene domicilio actual en las cercanías de Cyprus Hill, West Virginia.

–¿West Virginia? ¿Por qué diantres querría Ben ir allí? Gabbert se enderezó.

–Eso no importa –dijo con firmeza–. Vamos a recuperar mi dinero, y eso es todo lo que necesitas saber.

Howell se encogió de hombros.

–De acuerdo, jefe –respondió, y salió de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, Andrew Gabbert se dirigió hacia la ventana agrietada y observó la calle llena de basura. Se quedó inmóvil durante un largo momento, y luego habló suavemente para sí mismo.

–¿Por qué, Ben? –susurró–. ¿Por qué Cyprus Hill?

Luego suspiró, agarró su gastado portafolios y se fue.



Alex Timmons, de once años, se paró de la barra del comedor donde servían sopa. Sostenía un cucharón y mostraba una amplia sonrisa que arrugaba su rostro. A su lado, se encontraban sus vecinos, Shane y Alicia Curtain.

Alex llevaba una gorra de béisbol encaramada en la cabeza, que servía para empujar su fibroso cabello castaño sobre sus orejas y debajo del cuello de la camisa.

–Parece que hoy tendremos una buena multitud –anunció Alex a sus compañeros.

Shane y Alicia, orgullosos portadores de cabello rojo fuego y una generosa colección de pecas, asintieron al mismo tiempo.

–Tu estofado huele realmente bien hoy –dijo Shane, sonriendo a su amigo–. Nada que ver con el de la semana pasada.

–Es verdad. El de la semana pasada olía como si algo se hubiese muerto en la olla –apuntó Alicia.

Alex hizo una mueca.

–Es que se me olvidaron algunos ingredientes.

–Sí, ingredientes como “nutrición” y “sabor”.

–Sin embargo, a nuestros invitados no parecía importarles.

–Nuestros invitados no tenían opción –le recordó Alicia–.

El jefe de cocina estaba en Maryland visitando a su hermana enferma. Así que, era tu estofado o nada.

Alex señaló a la mujer corpulenta parada frente a una hornalla al otro extremo de la habitación.

–Bueno, la señora Caplin está de regreso, y ha preparado su propia olla de estofado.

Los tres amigos saludaron con la mano a la señora Caplin, quien vestía un enorme delantal blanco y no quitaba los ojos de la olla colmada de líquido espeso y burbujeante que tenía delante. Ella devolvió su saludo y continuó revolviendo.

–Debo decirles –continuó Alex–, que he hecho algunos ajustes a mi receta. En breve, veremos qué estofado prefieren los pobres y las personas sin hogar de Cyprus Hill.

La señora Caplin deslizó sus manos dentro de un par de guantes para horno y llevó su olla humeante a la mesa. Luego le sonrió a su esposo, que estaba sentado cerca de la puerta principal del gran comedor, lleno de mesas de madera, que daba a la calle Washington. Una multitud de personas esperaba afuera mientras, al otro lado de la calle, se veían los últimos rayos del sol de verano caer sobre Benson Park.

–Ya es hora, cariño –llamó alegremente la señora Caplin–. ¡Déjalos entrar!



Su esposo asintió y abrió la puerta. Una oleada de hombres, mujeres y niños ingresó al comedor y formaron una larga línea frente a la señora Caplin. Alex sonrió.

—¡Amigos! —llamó—, aquí también servimos un delicioso estofado. No es necesario amontonarse.

Nadie se acercó.

Alex frunció el ceño.

—Ay, vamos. La semana pasada no fue tan malo.

Silencio.

—He hecho algunos ajustes —dijo, alentando a la gente—. De hecho, descubrí un ingrediente secreto que hace que cualquier alimento tenga mejor sabor —y, levantando un pequeño frasco de vidrio, exclamó—: ¡Sal! Para asegurarme de que el estofado de esta semana sea extradelicioso, usé mucho. Les encantará, confíen en mí.

Un niño pequeño salió de la fila y comenzó a cruzar la habitación, pero su madre lo agarró del brazo y le impidió avanzar.

—¡Está bien, está bien! —resopló Alex—. Aprovechen la comida de la señora Caplin. Mis amigos y yo disfrutaremos de mi estofado, saboreando cada bocado, ¿no es así?

Alex miró a Shane y a Alicia, que se pararon a su lado, sonriendo valientemente.

—¿Lo ven? Ellos no tienen miedo. Y yo, tampoco. Ahora, disfrutemos de una generosa porción de este succulento, nutritivo, proteico y delicioso estofado.

Enseguida, tomó una cucharada del brebaje humeante, la sostuvo cerca sus labios y la enfrió con unas pocas bocanadas de aire.

—No saben lo que se están perdiendo —dijo.

Luego, con todos mirando, Alex dio un gran sorbo y apoyó la cuchara.

—Mmm... —gimió, como si el delicioso sabor de la mezcla que llenaba su boca estuviera más allá de cualquier descripción.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par con expresión de desesperación al mismo tiempo que su rostro se enrojecía rápidamente. Miró a su alrededor como si fuera un animal salvaje. Luego, al ver la puerta abierta, atravesó el comedor corriendo, dando tropezones, hasta llegar a la calle. Ni bien estuvo en la acera, vomitó la porción de estofado. Cuando terminó de escupir, se horrorizó al darse cuenta de que había salpicado un par de zapatos. Entonces, levantó la vista y se encontró con la mirada sorprendida de un extraño.

—¡Ay, lo siento! —Alex jadeó—. Realmente lo siento, señor. No fue mi intención escupir estofado en sus zapatos. ¿Tiene que creermelo?

El hombre sacudió su pie contra la acera, intentando despegar los trozos más grandes de verdura de su zapato.

—En realidad —dijo—, puede que nos hayas hecho un favor. Estábamos a punto de entrar a comer allí. Pero quizá no sea una buena idea.

—Ay, no —respondió Alex, mirando a la mujer con un bebé en brazos y al niño de pie que acompañaban al hombre—. No piense así. ¡La comida de este lugar es genial! La señora Caplin es una cocinera excelente. Fue mi estofado el que vomité sobre sus zapatos. Yo mismo lo cociné y... bueno... nadie se atreverá a probarlo.

Alex miró el charco que se había formado en la acera. la acera.

—Y en verdad, no los culpo.

El hombre extendió su mano.

—Mi nombre es Ben. Ella es mi esposa, Ann; nuestra nueva hija, Stacy; y su hermano mayor, Joshua.

Alex estrechó la mano extendida y sonrió a la mujer de aspecto cansado y cabello rubio que sostenía a la bebé.

—Entonces, ¿estás seguro de que la comida es buena? —preguntó Ben.



–Absolutamente. ¡Les encantará! Vengan conmigo, les presentaré al matrimonio Caplin. Ellos son miembros de nuestra iglesia, y son los encargados del comedor. De paso, lamento mucho haber ensuciado tus zapatos. Buscaré un trapo y los limpiaré por ti.

Ben miró a sus pies y rio entre dientes.

–No te preocupes. Quizá tu estofado no tenga buen sabor, pero deja un brillo agradable en el calzado –dijo.

Luego, ingresaron todos juntos al edificio.

El señor Caplin los saludó con una sonrisa.

–Bienvenidos, familia –dijo–. Por favor, sírvanse a su gusto. Hay algo de pan junto a las botellas de leche, y algunas galletas también. ¿Son nuevos en la ciudad?

Mientras el señor Caplin acompañaba al hombre y a su esposa hacia la barra de los alimentos, Alex notó que el hijo, Joshua, un niño como de su edad con cabello corto y una cara delgada, permanecía de pie junto a la puerta.

–Oye, ¿no tienes hambre? –le preguntó, acercándose–. Creo que te gustará el...

–Este lugar es un basurero –dijo el niño.

Alex parpadeó.

–Bueno, en realidad, en el pasado fue una tienda de regalos.

–Pues bien, ahora es un basurero.

Alex no sabía qué decir. Por lo general, aquellos que asistían al comedor los martes eran personas tranquilas, reservadas; aunque también había quienes desbordaban gratitud y expresaban a las personas que preparaban y servían la comida cuánto agradecían el alimento. Por ejemplo, la semana anterior, cuando su primer intento culinario falló estrepitosamente y las personas tuvieron que llenar sus estómagos con pan, leche y galletas, muchos –aun así– expresaron su gratitud.

–Esto no es un basurero –dijo Alex, luchando contra la sensación de ira que se formaba en su pecho–. El señor y

la señora Caplin trabajan muy duro. Mi iglesia compra la comida, y luego la preparamos y la servimos a quien tenga hambre. Si no quieres comer aquí, es cosa tuya.

–¡Exacto! –gritó el niño.

Luego, se volvió y salió por la puerta.

Alex lo vio cruzar la calle y sentarse en un banco al lado de Benson Park.

–No le des mucha importancia –escuchó que alguien decía.

Al girar, Alex vio al padre del niño sosteniendo una bandeja con humeantes tazones de estofado, algunas rebanadas de pan y una pequeña cantidad de galletas.

–No quise hacerlo enojar –explicó Alex, acompañando al hombre a la mesa donde esperaban su esposa y su pequeña hija.

–Oh, no. No lo hiciste enojar –dijo Ben con una sonrisa–. Joshua ha estado así desde hace algún tiempo; desde que perdí mi trabajo en Chicago.

–¿Eres de Chicago? ¡Guau! –Alex se sentó en la mesa con ellos, entusiasmado–. Siempre quise visitar esa ciudad. ¿Estuviste alguna vez en la Torre Sears? ¡Esa cosa es enorme!

–Claro que sí. Muchas veces. De hecho, trabajé en un restaurante vegetariano cerca de allí, un lugar llamado Bubbly Creek.

–¿De verdad? ¿Eras camarero?

–No. Era el cocinero.

La boca de Alex se abrió.

–¿Cocinero? ¿Te refieres a un verdadero cocinero con ollas, y sartenes y cuchillos realmente afilados?

–Sí.

–Ben ganó algunos premios por sus platos –agregó su esposa con orgullo, acomodando el biberón que sobresalía de la boca de su bebé–. ¡Incluso fue el encargado de preparar un almuerzo para el vicepresidente de los Estados Unidos!







–¡Guau! –dijo suavemente Alex–. ¡Qué maravilla! Estoy sentado a la mesa con alguien que alimentó a un vicepresidente. Y ¿qué cocinaste para esa ocasión?

El hombre sonrió.

–Una de mis especialidades, una receta llamada *estofado* para ir a dormir.

–¿ESTOFADO? ¿Sabes cocinar estofado?

–Sí, por supuesto.

Alex estaba tan emocionado que se puso de pie y luego se sentó nuevamente.

–Eso es exactamente lo que estoy tratando de aprender a cocinar. Déjame contarte: Soy miembro del Club de Conquistadores de mi iglesia. Como parte de las actividades del Club podemos realizar diversas especialidades. Ya sabes, fotografía, estudios sobre la vida silvestre o los mamíferos marinos, entre otros temas. Bueno, la cuestión es que yo y mis amigos, Shane y Alicia (los que están ayudando a la señora Caplin a servir la comida), estamos trabajando en la especialidad de Arte Culinario. Hemos aprendido a usar el horno, medir ingredientes, hervir papas, seguir recetas y condimentar los alimentos de manera saludable. Pero entonces, decidí hacer algo que nadie había hecho antes; ya sabes, algo novedoso y totalmente diferente. Con esta idea en mente, cociné el estofado que se sirvió la semana pasada. Efectivamente, jamás nadie había probado algo así –dijo Alex, frunciendo el ceño–. Sin ánimos de ofender, si las personas hambrientas y sin hogar de la ciudad lo rechazaron, es porque sabía realmente mal.

Ben sonrió.

–¿Y preparaste un estofado esta semana también?

Alex se sonrojó.

–Sí... aún tienes un poco en tus zapatos.

–Ah, ya veo –Ben asintió, mirando sus pies–. ¿Tan malo estaba?

–Imagina masticar un trapo realmente viejo.

Ben pensó por un minuto.

–Bueno, si quieres, puedo darte algunos consejos. ¿Ha quedado algo del estofado que preparaste?

–Ha quedado la olla completa.

–¿Me traerías una porción?

–¿Estás hablando en serio?

–Claro. Necesito probarlo para darte mi opinión. Quizá solo necesites emplear otros condimentos.

–¡Oh, eso sería magnífico! –dijo Alex, poniéndose de pie de un salto–. Por favor, espera aquí. Ya regreso.

Un minuto después, Alex regresó a la mesa, acompañado por sus dos amigos pelirrojos, que miraron primero el tazón y luego al hombre sentado en la mesa.

–No vas a comer eso, ¿verdad? –preguntó Alicia.

–Solo necesito probarlo.

–Eres un hombre valiente –dijo Shane.

Ben tomó una cucharada del estofado de Alex y se lo llevó la boca. Lo saboreó por un momento, y luego tragó... con dificultad. Intentó hablar, pero no logró hacerlo. Luego, levantó su mano para indicar que necesitaba algo de tiempo. Finalmente, con un susurro, dijo:

–Sal.

–¿Necesita más sal? –Alex jadeó–. No puede ser, le puse un montón.

–Ese es el problema –anunció Ben entre tragos de leche.

–Señor, tal vez debería comer un poco de pan –sugirió Alicia sacudiendo la cabeza y recogiendo el tazón–. Parece que está a punto de descomponerse.

Ben rio entre dientes mientras el abrumador sabor se desvanecía de su boca.

–No te sientas mal –le dijo a Alex en cuanto pudo hablar con claridad–. Cocinar puede ser complicado. Mucha gente abusa de los condimentos. Cuando prepares una receta,



debes permitir que los sabores naturales de los ingredientes prevalezcan. No tiene sentido que otros sabores se interpongan en el camino. Por ejemplo, si preparas un suflé de zanahorias, debe tener sabor a zanahoria. Y si horneas un pan de nueces, lo primero que debes saborear es el misterioso y pastoso sabor de la nuez. Esto aplica también a sopas, guisos, asados, galletas e incluso pasteles. Cuando pruebes algo, tu lengua debe decir: "¡Sé lo que estoy comiendo y está delicioso!".

—Creo saber lo que dice tu lengua en este momento —comentó Alicia—. Dice: ¡Demasiada sal!

Ben sonrió y asintió.

—Ahora entiendo —dijo Alex, pensativo—. Entonces, cada vez que cocine algo, tengo que asegurarme de que se destaque el sabor de los ingredientes, ¿verdad?

—Exactamente. Cocinar es el arte de combinar los sabores naturales.

—¿Un artista en la cocina? ¡Me gusta la idea! —dijo Shane, soltando una risita—. De hecho, me parece que aquellas galletas son una verdadera obra de arte y no deberían desperdiciarse. Los veré luego.

—Tendrás que disculpar a mi hermano —dijo Alicia, sacudiendo la cabeza, mientras Shane se dirigía rápidamente hacia el plato de galletas—. Para él, comer es como respirar.

—En el negocio de los restaurantes, amamos a las personas así —dijo Ben con una sonrisa.

Alex lo miró.

—Entonces, ¿es por eso que estás aquí, en Cyprus Hill? ¿Vas a abrir un restaurante?

La sonrisa de Ben se desvaneció.

—Me temo que no —dijo.

Alex se sentía tentado a hacer otra pregunta, pero notó una mirada incómoda en la cara de Ben, como si estuviera contemplando algo desagradable. Su sonrisa alegre y el

cálido brillo de sus ojos se habían esfumado. Algo oscuro y triste ocupaba sus pensamientos.

—Bueno —dijo Alex, levantándose de la mesa—. Creo que será mejor que vuelva a trabajar y ayude a servir la comida. Perdóname por ensuciar tus zapatos.

—No te preocupes por eso —dijo Ben, sin levantar la vista.

Cuando Alex regresó a la barra, miró hacia el comedor. Las personas estaban dobladas sobre sus tazones, comiendo en silencio. Afuera, pudo ver a Joshua, vestido con una camiseta desgastada y pantalones descoloridos. Seguía sentado en un banco al borde del parque, con la cabeza baja y los hombros caídos.

Alex frunció el ceño. Acababa de conocer a un hombre que había llegado a ser cocinero en la ciudad de Chicago, pero ahora necesitaba asistir a un comedor comunitario en West Virginia para alimentarse. ¿Cómo era eso posible? Su esposa seguía sosteniendo a su pequeña hija, que se había quedado dormida en sus brazos, mientras comía en silencio una cucharada tras otra del estofado de la señora Caplin. Se la notaba agotada. Y el niño al otro lado de la calle, ¿por qué estaba tan enojado con el mundo?

Un movimiento en la puerta llamó la atención de Alex. Su amigo, Kobe Myers, entró al comedor dejando atrás la acera iluminada por el sol. Alex lo saludó con una amplia sonrisa. Kobe era un estudiante afroamericano que vivía al final de la calle, en un pequeño departamento con vista a Benson Park.

—Hola, Alex —saludó, levantando la mano.

—Hola, Kobe.

El joven se acercó a la barra.

—No me digas que ese es tu estofado —dijo, señalando una gran olla y un montón de tazones vacíos apilados a su lado—. No quiero hacerte sentir mal ni nada, pero tu forma de cocinar me asusta.



—No, no. Esto fue preparado por la señora Caplin, así que es apto para consumo humano —respondió Alex

—¡Entonces quiero una porción! —exclamó Kobe mientras, con cuidado de no ser visto por los demás, extendía una donación de cinco dólares a Alicia, quien colocó el billete en la caja de efectivo, junto al horno.

Kobe inspiró profundamente para que el aroma que desprendía el estofado en forma de vapor le hiciera cosquillas en la nariz.

—¡Esto es un estofado de verdad! —dijo, frotándose el estómago—. Alex, si fuera posible, que la porción sea doble. Tengo un examen de economía mañana por la mañana y, para evitar desaprobarme la escuela de verano, necesitare estar bien nutrido.

Alex respondió llenando el tazón de Kobe hasta la parte superior y colocando una rebanada extragrande de pan de trigo al lado. Con una sonrisa de satisfacción, Kobe deambuló por el comedor y, finalmente, se unió a un grupo de comensales en una mesa junto a la pared.

Cuando Alex miró hacia el otro lado del comedor, notó que las sillas donde Ben y su familia habían estado sentados estaban vacías. También estaba vacío el banco del parque al otro lado de la calle. Se habían marchado muy pronto: Alex aún tenía muchas preguntas para hacerles.

—Vamos, amigos —invitó Alex, trayendo su atención de regreso al trabajo que tenía por delante—, pueden comer cuanto quieran. ¡Hay suficiente para todos!

Y con esas palabras fue sirviendo estofado caliente a las personas que, con ansiedad y agradecimiento, hacían fila para comer.



## Capítulo 2

### PAN DE CARNE

—¿Quién la invitó? —preguntó Martin Howell, señalando hacia el asiento trasero—. Ella será un obstáculo en el camino.

Gabbert miró el impasible rostro de la señorita Bender reflejado en el espejo retrovisor mientras manejaba la maltratada miniván por la carretera interestatal.

—Porque ella es mi asistente, y es posible que necesite sus servicios.

Howell frunció el ceño.

—Pues, no me agrada. Las mujeres y el trabajo de detective sencillamente no van juntos. Son demasiado emocionales, ya sabes: lloran, se lamentan y arman escándalos. No puedo hacer mi trabajo libremente acompañado de una joven inmadura, rubia y tonta.

La señorita Bender se inclinó hacia adelante y agarró la oreja de Howell con firmeza.

—¿A quién llamas una tonta?

—¡Ouch, Ouch, Ouch, Ouch, Ouch! —gritó Howell, tratando de liberar su tierno lóbulo—. ¡Oiga, jefe, dígame que me suelte!

Gabbert suspiró.

—Déjelo ya, señorita Bender —dijo en tono casi paternal—. Todos sabemos que usted no es ninguna tonta. Eres una mujer fina, sofisticada y de buena educación. El señor Howell



se equivoca al desestimar su potencial. Tenga por seguro que usted es bienvenida a este proyecto de recuperación financiera y que su presencia es muy valorada.

La joven liberó la oreja del hombre, que se retorció en el asiento de adelante, y luego negó varias veces con la cabeza antes de volver a acomodarse en el asiento trasero del vehículo.

—Tampoco soy inmadura —dijo, acomodándose el cabello—. Y para su información, Martin Howell, yo no pedí participar en este viaje. La idea de estar encerrada con usted por quién sabe cuánto tiempo no es un pasatiempo agradable. Hubiera preferido mil veces quedarme en Chicago pisando cucarachas que estar aquí oliendo su barata loción para después de afeitarse.

Howell sonrió.

—¿Te gusta? Se llama Isla de la pasión. Mi hermano recibió una caja llena de productos de parte de un chico que conoce en Waterman Street. Se dice que esta fragancia enloquece a las chicas.

—Pues a mí me da ganas de vomitar —replicó la señorita Bender—. Huele como un contenedor de basura.

Howell se dio la vuelta.

—¿Un contenedor de basura, en serio? Pues tu perfume me recuerda a... el olor de un gato muerto.

Los dos se enfrentaron como animales salvajes, profiriendo golpes, arañazos, insultos, haciendo que el conductor luchara por mantener el control del vehículo, que iba a toda velocidad.

—¡Paren ya! ¡Paren ya, los dos! —ordenó Gabbert—. ¿Debo recordarles que ustedes son mis empleados y, mientras trabajen para mí, deben mantener una conducta civilizada? ¿Qué son todas estas disputas e insultos? ¿Acaso son niños?

—Ella empezó —se quejó Howell.

—¡Eso no es verdad! —respondió Bender—. Yo estaba aquí

sentada, pensando en mis propios asuntos, cuando me insultaste. Usted mismo lo vio señor Gabbert, ¿no es así?

—Cálmate —dijo Gabbert con firmeza— o los dejaré a ambos en la próxima salida y tendrán que caminar de regreso a Chicago. ¿Quieren regresar caminando a Chicago?

—No —dijo la señorita Bender, cruzando los brazos.

—No causaré más problemas, jefe —agregó Howell—. Pero sigo pensando que no es una buena idea traer a una mujer.

—Esa decisión no está en tus manos —declaró Gabbert—. Ahora, relájense en sus asientos y disfruten del viaje. Tenemos un largo camino por delante. Y yo necesito tiempo para pensar en la estrategia que usaré cuando confrontemos a nuestro villano. Estamos aquí para recuperar mi dinero; y eso es todo lo que importa.

—¿Quieres que me ocupe de persuadirlo, jefe? —preguntó Howell con entusiasmo, golpeando su puño contra la palma de su otra mano.

—Espero que no sea necesario —dijo el hombre detrás del volante—. Creo que Ben es un hombre sabio: sabrá reconocer rápidamente el error cometido y devolverá los fondos cuando se lo solicite.

—Entonces, ¿para qué me trajiste? —preguntó Howell.

Gabbert guardó silencio por un largo momento.

—Porque su esposa quizá no sea tan fácil de convencer.

—¿Su esposa?

—Sí. Con ella nunca estuvimos de acuerdo en nada —dijo Howell y frunció el ceño.

—¿Usted ha tenido mucho trato con ellos?

Gabbert levantó su mano.

—Suficiente conversación —dijo, para poner fin a la charla—. Por favor, permanezcan en silencio para que pueda formular mi plan.

—Claro, jefe —dijo Howell con un suspiro, al tiempo que se recostaba en su asiento—. Estoy aquí para ayudarlo. No



para llorar, gritar ni hacer escándalos. No, señor. Soy una persona madura y responsable.

—¡Yo también! —dijo la señorita Bender.

Gabbert sacudió la cabeza lentamente de lado a lado mientras la miniván proseguía su viaje hacia el este. Suspiró profundamente. No solo tenía que cargar con la responsabilidad de liderar una empresa vibrante y en crecimiento, sino también debía lidiar con la incompetencia de algunos... bueno, para ser honestos, de sus únicos dos empleados. A pesar de todo, sintió que ambos estaban a la altura de la tarea. En este momento, tenían trabajo por delante, y lo harían de una forma u otra. Solo esperaba que Ben entrara en razones y le devolviera el efectivo, sin escándalos. Gabbert miró a Howell y asintió pensativamente. Si las cosas se salían de control, él estaría listo para eso.



—¿Qué estoy haciendo mal? —gimió Alex mientras se dejaba caer en el sofá.

—¿Qué dijiste, cariño? —preguntó Rose Timmons, su madre, desde la cocina.

—Mis recetas. Creo que estoy haciendo algo realmente bueno, pero luego, cuando lo pongo en mi boca, mi lengua se retuerce. Mi comida es tan mala que ni siquiera las personas sin hogar la comerían. ¡Qué vergüenza!

La madre de Alex se limpió las manos en el delantal y caminó por el pasillo arqueado que conectaba las dos habitaciones principales en su acogedora casa en Cyprus Hill.

—¿Qué sugirió el señor Cho, tu líder del Club de Conquistadores, durante la última reunión?

—Bueno, cuando probó mi asado de lentejas, sonrió un poco y luego bebió mucha agua.

—¿Y dijo algo?

—Intentó hacerlo, pero creo que su lengua también se estaba retorciendo.

—Ay, Alex.

Alex gimió, lleno de frustración:

—Seamos realistas, mamá. Nunca completaré la especialidad de Arte Culinario. Quiero decir, la idea es aprender a cocinar, no enfermar a la gente.

Alex pensó por un momento.

—Se me ocurre una idea. Quizá pueda combinar la especialidad de Arte Culinario con la de Primeros Auxilios; y obtener la especialidad avanzada en esta última. Es decir, si mi comida enferma a alguien, ¡sabré qué hacer!

La señora Timmons soltó una risita.

—Tengo una idea mejor: ¿Por qué no vas a la tienda por mí y me ayudas a preparar la cena? La haremos juntos, ¿de acuerdo?

—Está bien —suspiró Alex.

La señora Timmons sonrió y abrazó a su hijo con fuerza.

—Quiero que sepas que te amo, a pesar de que tus recetas hagan que la lengua de las personas se retuerza.

Luego, tomó un pedazo de papel de la mesa ubicada junto a la ventana y agregó:

—Aquí está la lista de las cosas que necesito, y aquí hay algo de dinero. Asegúrate de elegir vegetales congelados de buena calidad. Ah, y dame un minuto para agregar medio kilo de helado en la lista.

Alex asintió, escaneando la lista.

—Eso es algo que no puedo estropear: helado.

La señora Timmons regresó a la cocina.

—No te demores, cariño —le dijo—. Ah, y si te encuentras con ese hombre guapo que vimos en el programa de televisión anoche, dale mi número.

Alex salió por la puerta principal con una gran sonrisa en la cara, tratando de imaginar cómo sería la vida si su madre



se casara con una millonaria estrella de cine. Seguramente, vivirían en una mansión en Beverly Hills en lugar de en una pequeña casa de dos dormitorios, sobre una avenida tranquila, en un pequeño barrio de West Virginia. Quizá conduciría hasta la tienda en un Porsche rojo brillante, en lugar de pedalear con esfuerzo en su bicicleta azul pálido. Y su madre tendría ropa a la moda y un peinado elegante; y no tendría que trabajar tan duro todo el tiempo. Definitivamente, encontrar un marido guapo y rico para su madre parecía una gran idea.

El sol de la tarde brillaba sobre las montañas, al oeste de la ciudad, mientras Alex se esforzaba sobre su vehículo de dos ruedas para avanzar. Pasó frente al banco y la farmacia, luego bordeó Benson Park. Al llegar al puesto de venta de periódicos, saludó a la mujer que estaba sentada detrás del mostrador. En la siguiente manzana, se detuvo para ver a uno de los oficiales del comisario Curtain salir en la patrulla, con las luces parpadeando, a toda velocidad. Luego, mientras una cálida brisa le acariciaba el rostro, llegó al viejo almacén, ubicado a la sombra del antiguo centro comercial.

Alex suspiró. Vivir en Cyprus Hill no era tan malo después de todo. Quizás Beverly Hills tenía piscinas y jardines bien cuidados, pero esta ciudad, su ciudad, tenía ciertamente su propio encanto. Alex conocía a todos, y todos lo conocían a él. Era un niño de West Virginia de cabo a rabo, por lo que tendría que encontrar una estrella de cine de West Virginia que estuviera dispuesta a construir una mansión para su madre aquí, en Cyprus Hill.

Alex giró en la siguiente esquina y detuvo su bicicleta. Allí, sentado en un banco frente a la calle, estaba Joshua, el niño que había conocido aquel mediodía.

—Hola, Josh —llamó—. ¿Qué haces?

Joshua se volvió.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

Alex se bajó de la bicicleta y caminó hacia la acera.

—Bueno, me parece que estás sentado en un banco.

—Guau, me impresiona tu inteligencia.

Alex frunció el ceño mientras estudiaba al visitante.

—Yo no te grado, ¿verdad?

Joshua pateó la acera con el pie.

—No es que tú no me agrades... *nadie* me agrada.

Alex apoyó su bicicleta contra un parquímetro y se sentó al lado del visitante.

—¿Dónde está tu papá?

—No lo sé. No debe estar lejos.

—¿Y tu mamá? ¿Ella...?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—Solo trato de conversar. Eres nuevo en la ciudad, y yo he vivido aquí toda mi vida. Así que, si tuvieras alguna pregunta, seguramente podré responderla.

—¿Alguna pregunta sobre qué?

Alex se encogió de hombros.

—No lo sé. Por ejemplo... si tenemos una buena escuela, o si hay alguna chica linda en el barrio. Ya sabes, cosas como esas.

—¿La hay?

—¿Qué cosa?

—¿Alguna chica linda en el barrio?

—¡Demasiadas!

Joshua miró a su compañero.

—¿Qué me dices de esa chica que estaba en el comedor comunitario, la que tiene el cabello rojo?

—¿Te refieres a Alicia Curtain? —preguntó Alex con una sonrisa—. Ella no es cualquier chica, es mi vecina. Además, es más fuerte que yo. No creo que ningún chico pueda interesarse en una chica más fuerte que él.

—Tiene sentido.

Los dos se sentaron en silencio por un largo momento.



–Entonces –dijo Joshua tras el estruendo de un camión que aceleraba–, ¿qué haces por aquí?

Alex señaló en dirección a la tienda de comestibles.

–Mi mamá cree que puede enseñarme a cocinar la cena.

–¿Vas a intentar cocinar de nuevo?

–Es que tengo que trabajar en mi especialidad.

–¿Tu especialidad?

–Así es. Mi especialidad en Arte Culinario para el Club de Conquistadores. Si lo consigues, te dan una insignia.

Otro camión hizo rugir su motor. Cuando se alejó, Joshua se giró ligeramente y dijo:

–Yo... sé cocinar.

–¿De verdad? –jadeó Alex.

–Claro que sí. Mi papá me enseñó.

–¿Puedes cocinar de tal manera que la gente coma aquello que has preparado?

–Seguro.

Alex miró a su compañero con incredulidad.

–Joshua, ¿en verdad sabes cocinar?

–¡He dicho que sí! Puedo cocinar todo tipo de platos: pastas, entradas, guisos, postres... Incluso puedo hacer pan, pero eso es hornear, y es algo diferente de preparar los otros platos.

–¡Guau, qué maravilla! –exclamó Alex mientras hurgaba en su bolsillo y sacaba la lista de compras–. ¿Puedes cocinar esto?

Joshua leyó los ingredientes y asintió.

–¿Pan de carne? Por supuesto que sí.

–¿Cómo supiste que estos eran los ingredientes para cocinar pan de carne?

Joshua señaló la parte superior de la lista y dijo:

–Porque tu madre lo ha escrito aquí: "Ingredientes para pan de carne".

Alex sonrió.

–Ah, sí; ya lo veo. Entonces, ¿te gustaría venir a mi casa a cenar? ¡Puedes cocinar el pan de carne tú mismo!

–¿Quieres que sea tu invitado y que, además, cocine?

–Ayudaré.

Joshua se tomó un minuto para pensar y luego miró a Alex.

–Lo haré con una condición –dijo.

–¿Cuál?

–Si sobra algo, podré llevarlo a casa para compartirlo con mi familia.

El corazón de Alex dio un vuelco. El pedido de Joshua lo golpeó como un camión. Más temprano ese día, Joshua y su familia habían concurrido al comedor comunitario de los martes porque no tenían alimento. En su emoción por encontrar a alguien de su edad que fuera capaz de cocinar, había olvidado que aquel niño y su familia estaban atravesando terribles necesidades. Entonces, se dio cuenta de que debería haber invitado a toda la familia a cenar, y no solo a Joshua.

–Tengo una mejor idea –dijo Alex, tratando de encontrar las palabras–. ¿Por qué no duplicamos la receta? Así podrás llevarte un pan de carne entero cuando hayamos terminado. Oye, es lo menos que puedo hacer por alguien que está a punto de salvar mi carrera como cocinero.

Joshua sonrió. Era la primera vez que Alex lo veía expresar una emoción que no fuera ira o tristeza.

–Trato hecho –dijo–. Te enseñaré a cocinar un pan de carne tan delicioso que se derretirá en tu boca.

Alex se puso de pie y tomó su bicicleta.

–Con cocinar un pan de carne que pueda tragar, me doy por satisfecho. ¡Pongamos manos a la obra!

Los nuevos amigos caminaron juntos hacia el almacén. Alex estaba ansioso por comprobar si Joshua sería capaz de cumplir su promesa.





Más tarde esa noche, la señora Timmons dejó caer la cuchara en su plato y cerró los ojos.

—Este ha sido el mejor pan de carne que he probado en mi vida —dijo—. Joshua, eres un genio. Un genio absoluto.

Alex frunció el ceño.

—Oye, yo también ayudé —dijo, hablando con la boca llena con el pan de carne que él y Joshua habían estado preparando durante una hora—. Además, es importante que tengas en cuenta que yo personalmente compré todos y cada uno de estos ingredientes para la receta en la tienda; y luego los traje a casa en mi propia bicicleta.

Shane se limpió los labios con la servilleta.

—¿Podría servirme un poco más, por favor? —pidió, pasando su plato a la madre de Alex—. Está delicioso.

Alicia asintió enérgicamente, señalando su boca llena de comida. Joshua, en el foco de la alabanza, permaneció sentado en la cabecera de la mesa, sonriendo tímidamente.

—Es solo pan de carne —dijo.

—No, es mucho más que eso —apuntó Alex mientras sostenía una cucharada humeante de la deliciosa mezcla de verduras, salsa y carne molida—. Esta es mi salvación. Si logro cocinar algo como esto, esa insignia de Arte Culinario estará en mi faja antes de que pueda contar hasta tres.

Alicia tragó y luego se aclaró la garganta:

—¿Tu papá te enseñó a cocinar?

Joshua asintió.

—He estado cerca de la cocina desde que era un bebé. Cuando salía de la escuela, iba directamente al restaurante donde mi padre trabajaba. Allí, me sentaba en una mesa al lado del gran refrigerador para hacer la tarea. Luego, mi padre me dejaba ayudarlo a preparar los platos para esa noche. Fue una experiencia grandiosa, pues aprendí muchas cosas. Los otros cocineros eran realmente amables conmigo, siempre me daban consejos y sugerencias, y me enseñaban

a condimentar y a presentar adecuadamente la comida en cada plato. Ellos eran mis amigos.

—Pues, te enseñaron muy bien —dijo la señora Timmons.

Luego, mirando a los demás comensales que estaban sentados a la mesa, agregó.

—¿Les queda espacio para el postre? Alex compró helado de vainilla con cerezas. ¿Qué tal una porción?

—¡Sí, señora! —respondieron Shane y Alicia con entusiasmo.

Joshua miró su plato.

—No para mí, señora Timmons —dijo—. Me temo que debo marcharme.

Alex asintió y le hizo una seña a su invitado para que lo siguiera a la cocina. Cuando estuvieron frente a la mesada, Alex levantó una pesada cacerola envuelta en una toalla limpia.

—Aquí está tu pan de carne, Josh. Y mi mamá quiere que también lleves estas otras cosas —dijo Alex al tiempo que tomaba una gran bolsa de papel y la colocaba encima de la cazuela envuelta que Joshua sostenía—. Resulta que compré cosas de más en su última visita a la tienda. Espero que no te importe llevarte una caja de galletas, algunas latas de legumbres y una excelente hogaza de pan que mamá horneó esta misma tarde.

La sonrisa de Joshua se desvaneció.

—¿Esto es caridad?

Alex asintió.

—Bueno, en parte sí. Pero también puedes verlo como un regalo. Creo que me perdí tu último cumpleaños.

—Te perdiste mis últimos once cumpleaños para ser exactos.

Alex sonrió.

—Entonces es definitivamente un regalo.

—Gracias, Alex —dijo Joshua, en voz baja.



Hizo una pausa y luego continuó:

–En Chicago, teníamos mucho para comer todos los días. Vivíamos en un departamento con vista a un pequeño parque, y yo tenía muchos amigos en la escuela.

Miró a su alrededor y agregó:

–Ahora todo es diferente. Mi papá tiene dificultades para encontrar trabajo, y mi hermana no tiene buena salud. No sé cómo ayudarlos.

–¿Por qué decidieron venir a Cyprus Hill? –preguntó Alex–. ¿Acaso conocen a alguien aquí?

Joshua asintió.

–Sí, algo así. Mi papá tiene algunos conocidos.

–¿Sabes quiénes son?

Joshua miró al frente.

–Será mejor que me ponga en marcha.

–Mi mamá puede llevarte en el auto –ofreció Alex, dirigiéndose al comedor.

–¡No! Quiero decir, no será necesario. Puedo caminar. No es lejos.

Y, con esas palabras, Joshua abrió la puerta con su mano libre y caminó hacia las sombras de la noche.

–Gracias por la comida. Ah, y dale mis saludos a Alicia.

Alex asintió.

–¿Alicia? De acuerdo. Nos vemos pronto.

–Nos vemos.

Alex observó a Joshua atravesar el espacio de estacionamiento que estaba junto a su casa. Cuando Josh llegó a la acera, dudó; miró primero en una dirección y, luego, en otra. Finalmente, se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente hacia el centro de la ciudad, con la cacerola y la bolsa de comida entre los brazos.



Al día siguiente, amaneció claro y cálido; era el tipo de clima que a Alex más le gustaba. Después de leer junto a su madre su libro devocional favorito, se arrodillaron junto al sofá y le pidieron a Dios que los ayudara a encontrar una manera de traer un poco de alegría a la vida de Joshua y su familia. Más tarde, cada uno devoró un tazón de cereal con leche caliente y tostadas con mermelada de uva. Después del desayuno, cada uno se apresuró a salir a la calle, aunque en direcciones opuestas: Alex pedaleando con fuerza en su fiel bicicleta, y su madre a bordo del Toyota familiar.

Minutos más tarde, Alex estaba llamando a la puerta del departamento de su amigo Kobe Myers.

–Veo que te gusta madrugar –dijo el estudiante universitario, entrecerrando los ojos para ver al joven sonriente a través de la mirilla de la puerta.

Cuando abrió la puerta, agregó:

–Antes que nada, te aclaro no sé nada de cocina, así que puedes ahorrarte la molestia.

Alex entró en la abarrotada sala de estar y encontró un lugar despejado en el extremo del sofá.

–No estoy aquí para preguntarte sobre cocina. Estoy aquí para preguntarte algo mucho más importante.

–¿Es sobre chicas?

Alex se sonrojó.

–No, no es sobre chicas. No estoy interesado en ellas. Al menos, no de momento.

–Eso cambiará pronto, mi amigo –dijo Kobe, dirigiéndose a la cocina y sirviéndose un vaso de jugo de naranja–. Pero te advierto: si necesitas saber algo sobre chicas, no vengas a mí, porque ciertamente no he descubierto nada sobre ellas.

–En realidad –dijo Alex–, quería preguntarte acerca de la pobreza.

–¿La pobreza?







—Sí, ya sabes, sobre la gente que concurre al comedor comunitario de los martes.

Kobe se acomodó detrás del escritorio, al lado de la ventana. A su lado, una poderosa computadora emitía un suave silbido.

—¿Qué quieres saber?

Alex pensó por un momento.

—Soy cristiano. Eso significa que quiero ser como Jesús, o sea, quiero amar a las personas y ser amable con todos. Pero me cuesta entender a las personas pobres. Quisiera saber cuál es la mejor manera de tratar con ellas.

—¿Quieres saber si alcanza con sentir pena por ellos o si es posible hacer algo más?

—Bueno... sí.

—Si fueras pobre, ¿te gustaría que la gente sintiera pena por ti?

—Bueno, un poco sí. Pero también me gustaría que me ayudaran, que me trataran con respeto y que no fueran por ahí diciéndole a todo el mundo que soy pobre.

—¿Por qué no?

—Porque eso sería vergonzoso.

Kobe levantó su vaso.

—Bingo. La gente pobre a menudo se siente avergonzada de su situación. Cuando yo vivía en Baltimore, conocí a muchas familias sin ningún ingreso. Los adultos no tenían trabajo; o tenían un familiar enfermo y el tratamiento médico se comía todo su sueldo. Quizás el padre o la madre caía en la adicción a las drogas... Se veían situaciones realmente tristes.

—Entonces, ¿qué es lo que hace que los pobres se avergüencen?

—Muchas cosas. Si tienen que pedir comida o dinero, o si necesitan algún lugar para pasar la noche. O si tienen que pagar sus compras en la tienda con cupones de alimentos mientras todos miran. Ser pobre es un golpe al orgullo. No

puedes mantener la cabeza en alto porque sientes que todos te miran y piensan que eres un vago o un tonto. Eso duele.

—¿Tú eras pobre en Baltimore?

—¿Que si lo era? Aún lo soy, pero sigo intentando salir de la pobreza. Si no fuera por mi beca universitaria y mi trabajo en la tienda de alimentos saludables, seguramente estaría cocinando hamburguesas y no podría darme el lujo de estudiar Matemáticas.

—Tú sabes a lo que me refiero —dijo Alex.

—Claro que sí —admitió Kobe—. Bueno, a decir verdad, nunca fuimos ricos. Pero mi madre se aseguró de que siempre tuviéramos comida sobre la mesa y ropa limpia para usar. No estábamos vestidos al último grito de la moda, pero mis hermanos, mis hermanas y yo podíamos mantener la cabeza en alto porque no dependíamos de los demás para nada. Siempre nos abrimos camino en el mundo.

Alex frunció el ceño.

—Entonces, ¿quieres decir que no debería donar cosas a la gente pobre?

—No, eso no es lo que estoy diciendo. Deberías ayudarlos cada vez que tengas la oportunidad de hacerlo, pero debes hacerlo de una manera en la que no los avergüence ni llame la atención sobre sus problemas.

Alex asintió lentamente.

—Alex, no tienes que preocuparte —instó Kobe—. Te he visto a ti y a tus amigos en el comedor comunitario de los martes. Ustedes son geniales, siempre tratan a las personas que concurren como a personas normales, como si fueran sus amigos. Excepto, por supuesto, cuando intentaste envenenarlos con tu receta de estofado.

Alex sonrió.

—Soy un cocinero de terror.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero tus intentos de cocinar han servido para un propósito importante.



—¿Cuál?

—¡Ahora hay un montón de personas pobres que sienten pena por ti!

Alex se rio en voz alta.

—¡No lo había pensado! ¡Lo único que falta es que me traigan comida!

—¡Exactamente! —exclamó Kobe triunfante, señalando a su amigo—. Estas personas son como tú, y te ayudarían si pudieran hacerlo. Y así es como deberías tratar a los que luchan con dificultades: como a iguales; solo que ellos no tienen el dinero suficiente para pagar por las cosas que nosotros damos por sentado. Voy a hacerte una pregunta: Cuando te levantaste esta mañana, ¿acaso te preguntaste si habría algo para desayunar?

Alex asintió pensativo.

—Ahora entiendo lo que quieres decir.

—Entonces —concluyó Kobe, poniéndose de pie—, si de verdad quieres ayudar a una persona pobre, dale algo para comer y luego ofrécele un trabajo, en ese orden.

Alex se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—Muchas gracias por tu tiempo y tus consejos, Kobe.

El estudiante universitario asintió.

—Me alegro de que te haya servido. Ahora, ¡sal de aquí para que pueda desayunar en paz! —dijo.

Cuando Kobe cerró la puerta, Alex se quedó de pie en el pasillo, perdido en sus propios pensamientos. Un trabajo. Eso era exactamente lo que el padre de Joshua necesitaba: un trabajo para poder sostener a su familia, como lo hacía en Chicago. Pero Cyprus Hill, a diferencia de Chicago, no era una metrópolis en expansión. No había gran demanda de cocineros porque no había gran cantidad de restaurantes. La universidad tenía una gran cafetería, y alimentaba a cientos de bocas hambrientas al día, pero no contaban con puestos vacantes en la cocina.

De repente, una idea cobró forma en los pensamientos de Alex. Cuanto más lo pensaba, más emocionado se sentía. Bajó las escaleras corriendo y salió a la calle. Una vez allí, tomó su bicicleta, se aferró al manubrio y comenzó a pedalear tan rápido como pudo en dirección a la casa de alguien que quizá podría ayudar a una familia en necesidad.

Kobe había dicho que lo mejor que podía hacer por los pobres era darles alimento y ofrecerles un trabajo. Pero ¿y si lograba que el padre de Joshua recibiera ambas cosas al mismo tiempo?





### Capítulo 3

## UN PLAN PERFECTO

Cuando Andrew Gabbert abrió los ojos, comprobó que una copiosa lluvia caía sin parar. Había soñado con un lugar exótico, tal vez una isla en el Caribe, no estaba seguro. En su sueño, la gente corría de un lado al otro para satisfacer todos sus deseos: le traían bebidas frías y sabrosos bocadillos; los músicos tocaban sus guitarras; alguien lo abanicaba con una gran hoja de palma mientras otra persona corría para atender la puerta. Fue un golpe en la puerta, un sonido que no parecía encajar con el resto de su sueño, lo que lo había traído de regreso a la gris realidad de la mañana.

Los golpes se repitieron: *Toc, toc, toc.*

—¿Señor Gabbert? ¿Señor Andrew Gabbert?

Gabbert se estiró y se aclaró la garganta.

—¿Quién es?

La voz detrás de la puerta sonaba urgente:

—Señor Gabbert, necesito hablar con usted de inmediato. Su tarjeta de crédito ha sido rechazada, y es muy importante que realice el pago correspondiente antes de que termine mi turno de trabajo.

Gabbert cerró los ojos e intentó recordar la última escena de su agradable sueño, pero sin éxito. El océano, el cielo, las bebidas frías, todo aquello desapareció y fue

reemplazado por una habitación forrada en descolorido papel tapiz, cortinas rotas y sábanas perforadas por quemaduras de cigarrillos.

—Un momento, por favor. Ya voy —dijo, sentándose en la cama y colocando sus pies descalzos sobre la alfombra desgastada.

Se puso de pie, deslizó sus brazos en una bata de baño y ató el cinturón de tela sobre su abultada barriga. De camino a la puerta, estuvo a punto de tropezar con su investigador principal, quien estaba acostado sobre los almohadones que, la noche anterior, estaban acomodados sobre el sofá. En el extremo más alejado de la habitación, junto al armario, envuelta en una manta delgada, sobre una hilera de almohadas, yacía su secretaria. Su cabello rubio teñido y las raíces castaño oscuro sobresalían entre las almohadas.

Al entreabrir la puerta, Gabbert se encontró con el rostro enojado del empleado que los había registrado en el motel la noche anterior.

—Su tarjeta —dijo el empleado, sosteniendo un recibo impreso—. Fue rechazada. Necesito que abone en efectivo, a menos que quiera tener problemas. Esto no es una casa de beneficencia.

—Por supuesto que no —respondió Gabbert con una sonrisa, abriendo la puerta una pulgada más—. Tienes todo el derecho de estar molesto. Pero te aseguro que aquí ha habido un error. Mi situación bancaria es impecable. Debe tratarse de un error del sistema. Las computadoras tienen el desagradable hábito de cometer errores, como seguramente sabes.

El empleado de la puerta sacudió la cabeza.

—Tal vez, pero si alguien se hospeda en el motel y no paga, mi jefe lo descuenta de mi salario. Así que, debo insistir en que cumpla con el pago ahora mismo.



–Entiendo –dijo Gabbert–. Espera aquí, y te pagaré por la estadía.

–Hágalo rápido –ordenó el empleado–. Tengo gente esperando en la recepción.

Gabbert cerró la puerta y caminó por la habitación débilmente iluminada. Los únicos sonidos que perturbaban la quietud eran el repicar de la lluvia en el techo y la respiración lenta y casi imperceptible de sus dos compañeros. Sabía que su tarjeta de crédito había excedido el límite incluso antes de entregarla al empleado la noche anterior. Pero esperaba ser capaz de abandonar el motel antes de que la verdad saltara a la luz. Aparentemente, su plan no había funcionado.

Se desplazó entre las formas durmientes y llegó hasta la cómoda, donde encontró el bolso de la señorita Bender junto a su maleta abierta. En silencio, descorrió el cierre, y hurgó dentro hasta encontrar una billetera.

–Aquí tienes –le dijo al empleado cuando regresó a la puerta–. El pago por el total de nuestra estadía. Te aseguro que tendré una dura conversación con la compañía de tarjetas de crédito por causarnos este problema.

–Sí, como usted diga –dijo el empleado, contando cuidadosamente cada billete–. El horario de salida es a las once de la mañana. Si no salen para esa hora, se les cobrará un día más de estadía.

–Estaremos fuera mucho antes –anunció Gabbert–. Este es un viaje de negocios, y pronto...

–Deje sus llaves en el mostrador al salir –interrumpió el empleado–. Buenos días.

–Gracias, igual para ti.

Gabbert cerró la puerta y suspiró. Eso había estado cerca. Demasiado cerca. Sus intentos de recuperar su dinero casi se habían echado a perder por culpa de un entrometido recepcionista. Ahora, sin embargo, su equipo podría ponerse en marcha, sin trabas.

Miró los rostros de sus compañeros de viaje y esbozó una sonrisa cansada. Ellos confiaban en él, habían puesto su futuro en sus manos, y él no los decepcionaría.

–Señor Howell. Señorita Bender. Es hora de despertar y ponernos en marcha –dijo en voz baja–. Aún tenemos varias millas por recorrer y muchas personas a las que visitar. ¡Despierten, despierten!

La señorita Bender bostezó ampliamente y se frotó el extremo de la nariz con el dorso de su mano. Howell gimió mientras estiraba sus músculos para sacudirse el sueño.

–¿Vamos a desayunar? –preguntó, incorporándose y parpadeando de frente a la tenue luz que se filtraba a través de las rotas cortinas.

–Por supuesto que sí –dijo Gabbert mientras se dirigía al baño–. Mientras estés a mi servicio, me ocuparé de todas tus necesidades.

Miró en dirección al bolso de la señorita Bender y tocó los billetes que había escondido en el bolsillo de su bata de baño.

–Creo haber visto un fino establecimiento para comer justo al final de la calle, uno que se especializa en cocina internacional y sirve desayunos.

–¿Te refieres a Panqueques del granero de Tom?

–Sí, creo que es ese. Así que, levántense y pónganse en movimiento, mis amigos. Es hora de continuar nuestro viaje.



El señor Cho, de origen coreano–estadounidense, era el líder del Club de Conquistadores de Cyprus Hill. Escuchaba atentamente y asentía con la cabeza mientras Alex se sentaba frente a él y compartía su idea. Alex explicó la situación en detalle, sin dejar nada fuera. Le habló sobre Ben y su familia; y sobre Joshua y su increíble talento para



preparar el pan de carne más exquisito del mundo. Luego, repitió lo que Kobe le había dicho: que una persona pobre necesitaba dos cosas: alimento y trabajo.

—¿Entiende lo que quiero decir?—preguntó Alex con entusiasmo, inclinándose hacia adelante en su silla—. Si logramos llevar a cabo mi propuesta, Ben y su familia podrán ir por la vida con la cabeza en alto, sin sentirse avergonzados. Como expliqué, Joshua es un excelente cocinero. Él y su padre podrían trabajar con nosotros en el Club de Conquistadores.

—Un momento, Alex—dijo Cho haciendo un ademán con la mano—. Aprecio que quieras ayudar a esta familia, pero lo que estás proponiendo no depende de mí. Primero, tengo que hablar con el pastor y con el anciano de la iglesia. Luego, debemos convocar una reunión de la junta para discutir tu propuesta. Todo eso lleva tiempo.

Alex frunció el ceño.

—Pero ellos necesitan ayuda ahora. ¡Tenemos que hacer algo!

El señor Cho extendió las manos.

—Lo siento, Alex, pero tengo que seguir los procedimientos adecuados. Debo obtener una autorización. Para llegar a eso, hay muchas personas que deben analizar la propuesta. Y, desafortunadamente, quizás algunos no se sientan muy entusiasmados con tu idea.

Alex suspiró.

—Supongo que tienes razón, señor Cho. Después de todo... no es más que una idea.

—Una muy buena idea, si me lo permites—dijo el líder del Club para alentarle—. El tiempo dirá si puede funcionar.

—¿Tiempo?—cuestionó Alex—. Es que no tenemos tiempo.

—Lo siento, Alex—dijo el señor Cho, con tristeza—. Tendrás que pensar un poco más e intentar formular un plan que no requiera involucrar a tantas personas en el proceso de toma de decisiones.

Las cejas de Alex se alzaron ligeramente.

—¿Cómo ha dicho?

—En otras palabras, lo que digo es que tendrás que buscar tú mismo la manera de ayudar a Ben y su familia.

—¡Eso es!

—¿Qué cosa?

—¡Puedo hacerlo yo mismo!

—Espera un minuto, Alex. Tu madre...

—Oh, ella estará encantada. Al igual que Alicia, Shane y los demás. ¡Gracias, señor Cho! Me ha dado el plan perfecto. ¡Va a funcionar, estoy seguro!

Alex se puso de pie de un salto y se apresuró a la puerta principal.

—Buena suerte, Alex—le deseó el señor Cho—. Que tengas éxito en todo.

Había dos cosas que Alex Timmons amaba más que nada en el mundo. La primera era el helado de vainilla con frutillas frescas; la segunda era un buen desafío. Su plan ciertamente se ajustaba a la segunda categoría y era algo que no paraba de darle vueltas en la cabeza. Alex estaba comprometido y totalmente decidido a lograr que Joshua y su familia vivieran con dignidad en Cyprus Hill.

Subió a su bicicleta de un salto y pedaleó hacia el centro de la ciudad, hasta el lugar donde había encontrado a Joshua el día anterior. Efectivamente, Josh estaba allí, con la mirada triste.

—Hola, Josh—saludó Alex, a la par que frenaba su bicicleta.

—Hola, Alex. ¿Por qué vas con tanta prisa?

—¿Dónde está tu papá? Necesito hablar con él. Y contigo también.

—¿Qué sucede?

—Tengo un plan.

—¿Un plan?

—Sí.



—¿Tiene que ver con preparar pan de carne?

—Más o menos.

Josh señaló hacia la tienda de regalos.

—Papá entró en esa tienda hace unos minutos. Vamos, te ayudaré a encontrarlo.

Los dos muchachos encontraron a Ben inclinado sobre una exhibición de viejos relojes, del tipo que la gente solía usar en los bolsillos del chaleco. Cuando levantó la vista, vio las dos jóvenes caras que le sonreían.

—¡Pero qué sorpresa! Hola, Alex —saludó, sonriendo—. Quería verte para darte las gracias por la comida.

Se inclinó hacia adelante un poco y añadió:

—Mi esposa, Ann, estaba tan feliz de tener pan de carne para cenar que lloró como un bebé.

Alex sonrió.

—Fue toda obra de Josh, aunque yo lo ayudé. El resultado fue exquisito.

—Bueno, es una verdadera alegría saber que Josh está siguiendo mis pasos —dijo Ben, con orgullo.

—Justamente, de eso quería hablar, señor —afirmó Alex—. Tengo un plan que puede servirles tanto a usted como al Club de Conquistadores. La cuestión es...

Ben escuchó atentamente mientras su joven amigo explicaba lo que tenía en mente, interrumpiendo solo para formular alguna pregunta puntual o aclarar algo. Cuando Alex terminó, Ben asintió lentamente.

—Acepto la propuesta —dijo—. No tengo muchas opciones en este momento. ¿Tu madre está de acuerdo con todo esto?

Alex asintió, aunque con cierta duda.

—Ella siempre dice que nunca podemos hacer demasiado para ayudar a los pobres y sin hogar, sin ofender.

—No es ninguna ofensa. Dile que reuniré al resto de mi familia y que estaremos allí en unos veinte minutos aproximadamente. ¿Está bien?

—¡Perfecto! —Alex respondió con entusiasmo—. Tengo que hacer algunas llamadas telefónicas. Y luego podemos salir a las calles tan pronto como hayas terminado. Nos vemos luego.

—Allí estaremos —dijo Ben, levantando la mano—. Y, Alex, gracias de nuevo.

Alex sonrió y salió de la tienda.



Dos horas y media más tarde, Rose Timmons conducía su Toyota verde por la carretera rumbo a su hogar. Era mediodía. Ella siempre regresaba a casa para almorzar con Alex y, en esos momentos, estaba tratando de decidir qué cocinaría al llegar.

Al doblar en la esquina y avanzar por su calle, fue recibida por una extraña escena. Allí, sobre la acera de su casa, había un grupo de niños formados en fila, como si estuvieran esperando algo. Cada uno vestía el elegante uniforme de los Conquistadores: gorra, pañuelo, faja y zapatos brillantes. Al lado, había varios carritos de venta de comida callejera estacionados.

La señora Timmons maniobró cuidadosamente, estacionó en el camino de entrada y abrió la puerta del automóvil.

—¿Qué está sucediendo aquí? —le preguntó a Shane, quien vigilaba la acera desde su casa.

—Dígale a Alex que ya estamos listos para salir —respondió, con un saludo militar.

La señora Timmons se apresuró a subir los escalones. Al ingresar por la puerta principal, una mujer que sostenía un bebé la saludó:

—Ah, hola —dijo—. Tú debes ser Rose. He escuchado mucho sobre ti.

—Hola —respondió la señora Timmons—. ¿Y tú eres...?



—Soy Ann, la esposa de Ben. Ella es nuestra hija, Stacy —explicó sosteniendo a la bebé dormida para que Rose pudiera verla—. Ha estado muy inquieta esta mañana, pero finalmente se ha quedado dormida. Los bebés se ponen muy molestos cuando no pueden dormir. Pero imagino que tú ya sabes eso.

Si —dijo la señora Timmons, mirando a la mujer—. Ciertamente.

En ese momento, un hombre al que nunca había visto antes salió de la cocina vistiendo su delantal.

—Diles a los Conquistadores que estamos casi listos —anunció.

Luego desapareció tras las puertas oscilantes que los separaban de la cocina.

Rose parpadeó.

—¿Y él es...?

—Ben. Mi esposo.

—Por supuesto. Debería haberlo imaginado.

La señora Timmons levantó su dedo.

—Yo... ¿me disculparías por un momento?

—Por supuesto.

La señora Timmons se movió rápidamente, aunque sin ser brusca, atravesó el pasillo y entró en la cocina. Lo que vio la dejó sin aliento. El hombre, que llevaba su delantal, estaba de pie frente a los anafes, revolviendo a toda prisa el contenido de dos ollas grandes y humeantes. A su alrededor, iban y venían los niños Conquistadores uniformados, llenando recipientes descartables y tapándolos, cortando pan, plegando servilletas y colocando la comida en bolsas de papel ordenadas sobre el mostrador. En medio de todo ese caos se encontraba Alex, haciendo frenéticas anotaciones en una hoja de papel que llevaba sujeta a un portapapeles. Finalmente, se levantó y vio a su madre esperando apoyada en la pared.

—Hola, mamá —dijo mientras su rostro palidecía—. ¡Ay! ¡Mamá!

—¿Alex?

—Olvidé llamarte.

—Ya lo creo.

—Puedo explicarlo —dijo Alex con una tímida sonrisa.

—Soy toda oídos.

Alex dudó un momento.

—¿Puedo responderte en un minuto? Estamos un poco ocupados ahora.

—¿Qué tal si me respondes ahora mismo?

—Eh... Por supuesto.

Los dos salieron por la puerta trasera y se pararon en el pequeño porche debajo de la ventana. Alex sonrió.

—¿Cómo va tu día?

—Hasta hace unos minutos, muy bien.

Alex señaló hacia la cocina.

—Quizá te preguntes qué está pasando.

—Adivinaste bien.

—¿Recuerdas que el predicador en la iglesia siempre dice que deberíamos tratar de ser como Jesús, y que debemos hacer más por las personas pobres y sin hogar?

—Sí.

—Pues, ¿adivina qué? ¡Lo estamos haciendo!

Rose frunció el ceño.

—¿Te refieres a Ben y Ann?

—Sí. Ellos no tienen un hogar. Son pobres. No tienen ni un centavo en los bolsillos. Su situación es lamentable.

—Alex...

—Recuerdas a Joshua, ¿verdad? —dijo Alex, aclarándose la garganta.

—Sí. Entiendo que Ben y Ann son sus padres —la expresión de la señora Timmons se relajó un poco—. ¿Y entonces...?

—Y entonces Ben necesitaba un trabajo y algo de comida.



—¿Y luego...?

—Y luego se me ocurrió un plan: el señor Cho dijo que no podía hacerlo en la iglesia porque tendrían que convocar a una junta y, seamos honestos: Joshua y su familia tienen hambre en este momento, no pueden esperar hasta la próxima semana o el próximo mes. Eso sería muy cruel.

—¿Y entonces...?

—Y entonces decidí que pondríamos el negocio en marcha aquí, en nuestra propia cocina.

—¿Negocio?

—Bueno, tal vez "negocio" no sea la palabra correcta. Creo que podríamos llamarlo "proyecto de recaudación de fondos".

—¿Recaudación de fondos para qué?

—Para el Club de Conquistadores. Ben y Joshua preparan la comida, los Conquistadores la llevamos a la ciudad y la vendemos a los propietarios de tiendas, transeúntes y a cualquiera que quiera comprar nuestras viandas. El comisario Curtain y sus oficiales ya han hecho un pedido. Y también los trabajadores de la oficina de periódicos, incluido el señor Shepherd, el editor, que dice que publicará una historia sobre nuestro proyecto.

En ese momento, Alex le mostró la hoja de papel que llevaba consigo.

—Mira. Ya tengo cuarenta pedidos. ¡Cuarenta! Y este es solo nuestro primer día.

—¿Acaso planeas hacer esto de nuevo?

—Sí. Mañana. Por supuesto, descansaremos el fin de semana, y el martes tenemos que trabajar en el comedor comunitario. ¡Pero los demás días estaremos aquí cocinando sin descanso! Si tenemos suerte, la iglesia nos permitirá trasladarnos al salón de reuniones.

La señora Timmons frunció el ceño.

—¿Qué harás con el dinero?

—Bueno, en primer lugar, haremos una compra para completar el inventario.

—¿Inventario?

—Sí, ya sabes: comida, recipientes descartables, bolsas de papel, como esa que está por allá. Esta mañana tomé algo de dinero de mis ahorros, así que probablemente también me haga un reintegro. Pero Ben y Joshua se quedarán con la mitad de lo que resulte de las ventas; y el Club de Conquistadores se queda con el resto. Es un trato.

La señora Timmons se quedó mirando a Alex por varios minutos.

—Deberías haberme preguntado antes —dijo.

Alex asintió.

—Lo sé, mamá. Pero no podía soportar la idea de que Joshua, Ben, Ann y ese bebé pasaran hambre un día más. Simplemente, no podía soportarlo.

La señora Timmons suspiró, extendió la mano y acarició la mejilla de su hijo con la parte posterior de sus dedos.

—Eres igual a tu padre —dijo—. Él hubiera hecho lo mismo...

Luego, miró nuevamente la lista de pedidos.

—¿Quedará alguna vianda de almuerzo para mí?

Alex sonrió ampliamente.

—Por supuesto. Tu nombre fue el primero que escribí en la lista de pedidos —dijo—. ¿Ves?

Alex levantó la hoja de pedidos. Allí, cuidadosamente escrito en el primer renglón, se leía claramente el nombre "Rose Timmons".

—Y ¿cuál es el menú de hoy? —preguntó ella.

—Estofado, la especialidad de Ben —respondió Alex con orgullo—. En una ocasión, esta receta fue preparada para el vicepresidente de los Estados Unidos. Vamos, dejaré que hagas una degustación. Te encantará.

Alex y su madre regresaron a la concurrida cocina y se unieron a los voluntarios que corrían de un lado al otro



para satisfacer el hambre de cuarenta clientes ansiosos con el plato del día: *estofado para ir a dormir*.



Tras otra hora de arduo trabajo, el último Conquistador uniformado se despidió de Alex y se fue empujando su carrito de comida por la calle. Era hora de regresar a casa. Todas las ollas y las sartenes estaban limpias, secas y guardadas en su sitio al igual que cada utensilio de cocina. El piso y las mesadas relucían de limpios.

–Lo hemos logrado –dijo Alex, con un suspiro.

Ben y Joshua doblaron los repasadores mojados y los colgaron para que se secaran.

–Nada mal para ser el primer día –dijo Ben pasando la mano por el cabello de su hijo–. ¡Qué bien se siente trabajar, especialmente con mi hijo a mi lado!

Alex asintió.

–Hablando de trabajo, esta es tu parte de las ganancias.

Alex le entregó una pequeña pila de billetes.

–Ya puedes comprarte el yate que siempre has querido.

Ben se rio y aceptó el pago.

–Bueno, quizá dentro de unos días, podríamos pagar entre todos la primera cuota de una canoa usada. Pero primero quiero tener lo suficiente para comprar la leche especial que necesita Stacy, entre otras necesidades. Esto ha sido genial, Alex. Nuevamente, gracias.

–Oye, no me lo agradezcas, ¡no después de haber probado mi estofado! –respondió Alex–. Gracias a tu receta logramos todas estas ventas. Y mañana será aún mejor. El señor Shepherd, del diario local de Cyprus Hill, tomó un montón de fotos hoy y prometió escribir un artículo sobre nuestro proyecto. Me dijo que contará todo sobre cómo el Club de Conquistadores unió esfuerzos con un galardonado chef

de Chicago para recaudar dinero. El artículo se titulará “El plan del Club de Conquistadores y un galardonado chef para recaudar fondos”. Impresionante, ¿verdad?

–Totalmente –afirmó Joshua, caminando con los demás hacia la sala de estar–. El señor Shepherd sacó una foto de papá y yo sirviendo estofado. Espero haber salido bien.

Ann levantó la mirada. Estaba sentada en el sofá, con Shane y Alicia, uno a cada lado, quienes jugaban con Stacey.

–¿Cómo ha ido? –le preguntó a su esposo.

Ben levantó el pequeño fajo de billetes y sonrió. Ella asintió y besó suavemente la mejilla de su bebé.

–Gracias, Señor –susurró.

El alivio iluminó su rostro.

Alex se dejó caer en un sillón reclinable.

–Tengo una pregunta. ¿Por qué lo llamas “estofado para ir a dormir”? ¿De dónde viene ese nombre?

Ben sonrió.

–En realidad, fue idea de mi mamá –dijo–. Cuando era niño, vivíamos en Chicago, y ella cocinaba estofado los días que hacía mucho frío. Quizás hayas notado que usé fideos con forma de letras para la receta. Ella lo preparaba así y, a veces, formaba palabras en el plato antes de servirlo.

–Pero ¿por qué “para ir a dormir”?

–Mi madre siempre me obligaba a tomar una siesta después del almuerzo. De lo contrario, me ponía de mal humor por el resto del día.

–¿El estofado te hacía dormir?

Ben sonrió.

–Como un bebé. Aún hoy, cada vez que huelo el estofado cocinándose en la olla, mis ojos comienzan a sentirse pesados y suelo bostezar... Mi madre murió hace unos años. Me gusta preparar esta receta de estofado de vez en cuando porque me permite recordarla.

Alex suspiró.



–“Estofado para ir a dormir”. Es un gran nombre. Algún día, espero ser capaz de cocinar un estofado que sea tan delicioso como el que ustedes prepararon hoy.

Alex dirigió su mirada a Joshua.

–Mientras tanto, ¿qué vas a hacer con tu dinero, Josh?

Josh se encogió de hombros.

–No estoy seguro.

–Bueno, yo sí estoy seguro de lo que nuestro Club hará con el dinero que hemos ganado –anunció Alex–: ahorraremos para comprar un nuevo horno de microondas.

Shane se rio.

–Es una buena idea. La última vez que intentamos hacer palomitas de maíz (pochoclo, pororó) en el microondas que tenemos ahora, demoró veinte minutos. Y cuando un horno de microondas tarda veinte minutos en hacer palomitas de maíz, es porque algo anda mal.

–Las palomitas de maíz son un gran alimento –dijo Ben–. Simple, nada complicado. Nada más agregas una pizca de sal, y ya está listo para disfrutar. Pero sin mantequilla. Eso estropea la canción.

–¿La canción? –preguntó Alicia–. ¿Cuál canción?

Ben se sentó a su lado.

–Piensa en el acto de cocinar como si fuera hacer música –sugirió–. A veces, tienes una orquesta completa. Puede ser un gran guiso o un asado, en el que muchos ingredientes “suenan” al mismo tiempo. Sus sabores combinados crean un sabor completamente nuevo. Pero otras veces, tienes un solista. Por ejemplo, una salsa de tomate bien preparada, una sopa de vegetales o una tortilla. Un sabor toma el centro del escenario, y todo lo demás que agregas aporta una armonía suave, como la música de fondo.

Alex suspiró:

–Y otras veces, tienes mi estofado. Y entonces todos los instrumentos caen al piso y los músicos huyen corriendo.

Ben se rio.

–Vamos, Alex, no seas tan duro contigo mismo. Te propongo algo: mañana pondremos tu estofado en el menú del día. Pero esta vez, Joshua y yo estaremos allí para guiarte. Aprenderás a hacerlo en menos de lo que canta un gallo.

Alex sonrió de oreja a oreja.

–¿En serio? Oh, eso suena genial. ¡Muchas gracias! Apenas puedo esperar a mañana.

Alicia estiró sus músculos cansados y se puso de pie.

–Asegúrese de comenzar la clase de cocina luego de ocultar la sal –dijo.

Luego miró a su hermano.

–Vamos, Shane. Prometimos a papá que pasaríamos por la estación de policía para saludarlo y contarle sobre nuestro proyecto de recaudación de fondos. Creo que no exagero al afirmar que fue un gran éxito.

–Es hora de irnos –anunció Ben, ayudando a su esposa a levantarse del sofá–. Hemos ocupado la casa de Alex demasiado tiempo. Pero volveremos mañana, a media mañana. Dejé la lista de compras en la mesada.

Ben hizo una pausa.

–Gracias de nuevo, Alex. Eres un gran socio. Como dije antes, trabajar se siente tan bien, especialmente si estoy preparando comida para personas hambrientas. Todos han sido muy amables con nosotros.

Alex sonrió con timidez.

–De nada –dijo, levantando la mano.

Luego preguntó:

–De paso, ¿dónde están parando? Quizá necesite hacerles alguna pregunta sobre el menú de mañana cuando regrese de la tienda.

Ben miró a su esposa y se aclaró la garganta antes de responder.

–Estoy seguro de que no tendrás ninguna pregunta –dijo–.



Los ingredientes son simples y están disponibles en cualquier tienda. Nos vemos mañana.

—De acuerdo. Nos vemos.

Alex observó a la pequeña familia salir por la puerta principal y caminar hasta la camioneta azul oscuro con matrícula de Illinois estacionada en la acera. Joshua se volvió y saludó con la mano antes de cerrar la puerta del vehículo. Alex notó que su sonrisa se había esfumado y que recuperaba ese aspecto de tristeza y desesperanza que tenía cuando se conocieron. Un segundo después, el motor de la camioneta rugió con fuerza y se puso lentamente en movimiento, desplazándose por la calle como si no supiera cuál era su destino. Finalmente, dobló en la esquina y desapareció.



Cuando las sombras de la tarde se hacían cada vez más pronunciadas y el zumbido constante del tráfico y los negocios se había apaciguado, Alex y su madre salieron a dar un paseo por el vecindario. Este era su ritual nocturno cuando el clima lo permitía: un momento para relajarse y compartir las actividades del día. También les permitía saludar a los amigos que encontraban en su camino o descansar en los columpios chirriantes del porche. A veces, los acompañaban Shane, Alicia y la señora Curtain; pero, aquella noche en particular, tenían toda la acera para ellos solos.

—Y, entonces, ¿qué pasó? —preguntó la señora Timmons mientras saludaba con la mano a una anciana y se inclinaba para percibir el perfume de unas coloridas caléndulas.

—Luego dijo que cocinar era como hacer música. Dijo que los sabores son como instrumentos. ¿Acaso no es genial?

—Claro, lo es.

—Y ¿adivina qué sucederá mañana?

—¿Qué?

—Josh y su papá me enseñarán a cocinar un estofado que la gente pueda comer sin poner en riesgo su salud.

—¡Qué bien!

—Ah, y llamé a la residencia de ancianos que queda al otro lado de Benson Park. Es ese lugar que huele como un laboratorio de biología.

La señora Timmons comenzó a reírse, pero se contuvo.

—Sí, sé cuál es.

—Bueno, el señor Saunders es el presidente, o gerente, o algo así del lugar. La cuestión es que me dijo que él y algunos miembros del personal harán un pedido. Quizás hasta algunas de las personas que viven allí quieran comprar una vianda de almuerzo. Aunque me advirtió que algunos de los residentes no pueden ingerir alimentos condimentados porque afectaría la calidad de su sangre, o algo así.

—¡Ay, no!

—Así que enviaré a Alicia con un carrito de comida mañana para hacer la entrega, y veremos. A Alicia le gustan las personas mayores. Dice que la hacen reír y que cuentan historias realmente curiosas sobre tiempos en los que no había computadoras ni teléfonos celulares. ¿Te imaginas un mundo sin computadoras ni teléfonos celulares?

—Recuerdo esos tiempos casi a diario.

—Cambiando de tema, el señor Cho dijo que en unas tres semanas podremos comprar un nuevo microondas, y entonces las palomitas de maíz no tardarán tanto en estar listas.

—¡Qué bueno! Odio esperar hasta que las palomitas de maíz estén listas.

—Yo también.

Los dos caminaron en silencio por un par de cuadras, mientras la tarde daba paso a la noche.

—¿Mamá? —llamó Alex.

—¿Sí?



–Nosotros... ¿seremos pobres alguna vez?

–Espero que no.

–Pero si alguna vez nos tocara ser pobres, ¿qué haríamos?

La señora Timmons se encogió de hombros.

–No lo sé. Pero estoy segura de que lograríamos resolverlo.

Alex pensó por un momento. Luego dijo:

–No tendrías que preocuparte.

–¿Qué quieres decir?

–No tienes que preocuparte porque yo cuidaré de ti.

–¿Lo harás?

–Sí. Sé muchas cosas. En el Club de Conquistadores hemos estado aprendiendo de todo. Seré capaz de conseguir un trabajo haciendo alguno de los oficios que estoy aprendiendo, y podré cuidar de ti.

La señora Timmons miró a Alex.

–¿Por qué estás tan preocupado ante la posibilidad de ser pobre? Yo tengo un buen trabajo, tenemos nuestra pequeña casa y comida.

Alex asintió.

–Esa era la vida de Ben y su familia. Tenían trabajo, comida y un departamento con vista a un parque en Chicago. Pero ahora están aquí, en Cyprus Hill, y Joshua se ve muy triste. No quiero que eso nos suceda a nosotros.

La señora Timmons se detuvo y tomó la cara de Alex entre sus manos.

–Cariño, no pienses en tales cosas. Estamos bien. Puede que no seamos ricos, pero nos arreglamos bien con lo que tenemos. No debes preocuparte. De verdad. Por favor, prométeme que no lo harás.

Alex asintió.

–Es que siento pena por ellos, mamá –dijo mirando los ojos de su madre–. No me gusta que nadie a mi alrededor se sienta asustado o triste.

–Pero estás haciendo algo para ayudarlos, cariño –le

aseguró Rose mientras caminaban–. Los estás ayudando a ganar dinero de manera honrada. Eso es mucho más de lo que la mayoría de la gente haría por un completo extraño.

Luego de una pausa, agregó:

–Tu papá actuaba de la misma manera. Él siempre buscaba la manera de ayudar a otras personas. Es una de las cosas que más me gustaban de él.

A estas alturas, su paseo los había llevado hasta el borde de la ciudad. Allí, el camino continuaba a través del valle hacia una cordillera lejana. Las cigarras de verano cantaban incesantemente desde los árboles, y los grillos se unían al canto desde los arbustos. En algún lugar lejano, un búho de granero emitió su saludo nocturno y luego flotó por el aire, sin ser visto, hacia el bosque oscuro. Un automóvil que pasaba desaceleró y el conductor los saludó mientras las luces del vehículo perforaban la oscuridad del crepúsculo.

De repente, Alex se paró en seco y mantuvo la vista firme en un punto. Frunció el ceño, caminó unos pasos más y se detuvo nuevamente.

–¿Qué sucede? –preguntó la señora Timmons–. ¿Viste un zorro o un ciervo?

–No –dijo Alex, sacudiendo la cabeza.

Esperó a que su madre estuviera a su lado y señaló:

–Mira allí, junto al camino que corre entre esos dos campos. Veo algo estacionado a la sombra de esos árboles. Es... es una camioneta azul oscuro.

–Y ¿qué tiene eso de especial?

Alex se volvió.

–Bueno, Ben conduce una camioneta azul oscuro...

Alex miró a su madre, mientras la preocupación inundaba su rostro.

–Mamá, esa es la camioneta de Ben. Estoy seguro. Pero... ¿por qué...?

La realidad lo golpeó con fuerza y lo dejó sin aliento.



—Mamá, ellos... Ellos no tienen ningún lugar para quedarse. Están durmiendo en su camioneta.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿No lo ves? Están estacionados fuera de la ciudad, fuera de la carretera. ¡No quieren que nadie vea dónde están! Ben dijo que el dinero que ganaron hoy sería suficiente para comprar la leche especial para Stacy. Pero sé que no es suficiente para pagar por una habitación de hotel. Siempre pensé que tal vez se quedaban con amigos o algo así. Pero mira, están durmiendo en su camioneta y... esta es una noche bastante fría.

La señora Timmons comenzó a caminar con paso decidido en dirección a la camioneta.

—La bebé —susurró—. Esa preciosa y pequeña bebé.



## Capítulo 4

# COMIDA PARA EL ALMA

—¡Esto es absurdo, totalmente absurdo! —jadeó Andrew Gabbert de pie frente al mecánico—. Mi miniván es una máquina fina, bien cuidada, imaculada por dentro y por fuera. Justo ayer, condujimos desde Ohio hasta aquí, y sin lugar a duda habríamos alcanzado nuestro destino final de no ser porque notamos los humos que salían flotando del capó. Por supuesto, me pareció prudente detener la marcha y buscar un sitio para que revisaran el vehículo. Pero resulta ser que su taller cierra por la noche. Mis compañeros y yo nos vimos forzados a alojarnos en un motel de mala muerte hasta que su taller abriera. ¿Y ahora usted me dice que la miniván tiene algunos inconvenientes?

El mecánico rio y se limpió las manos con el trapo que llevaba colgando de su cinturón.

—Con el debido respeto, señor, su miniván tiene más de un problema. Si bien el motor en sí parece estar en muy buen estado, el resto es un desastre. El transmisor está a punto de cortarse, el alternador está gastado y la correa de distribución se salió de sitio. Quizá notaron un rugido proveniente de debajo del vehículo mientras conducían por la carretera a alta velocidad. Bueno, ese ruido era la articulación universal, que está a punto de tirar la toalla. Lamento tener que decirle esto, pero le costaría más arreglar su vehículo que comprar



uno más nuevo, en mejores condiciones. Y agradezca que se haya roto aquí, en la ciudad, y no en las montañas o en algún lugar inhóspito.

Gabbert sacudió la cabeza lentamente.

—¿Me estás diciendo que no arreglarás mi miniván?

—Estoy diciendo que sería una pérdida de dinero. Te ofrezco mi ayuda para empujarlo a través de la calle hacia el depósito de chatarra. El propietario es un hombre bueno y honesto que te dará el precio justo por todo aquello que vea de valor.

Gabbert suspiró.

—De acuerdo, si esa es su opinión profesional. Quizá sea hora de transformar mi miniván en un montón de chatarra. Pero eso plantea un problema: ¿Cómo haré para llegar a Cyprus Hill junto con mis socios? Tenemos negocios que atender allí.

—¿Cyprus Hill? —repitió el mecánico, rascándose la barbilla cubierta de grasa—. Pues, lo mejor sería tomar el autobús. Hay una estación justo al final de la calle, al lado de la oficina de correos.

—Entonces, esto es lo que haremos —asintió Gabbert—. Quiero agradecerle por su honesta evaluación de la condición de mi automóvil.

—Señor, esa evaluación honesta le costará treinta dólares.

—¿Treinta dólares? ¡Pero si no arreglaste nada!

—Es verdad. Pero pasé 45 minutos tratando de averiguar qué andaba mal. Además, le estoy haciendo un favor. Este vehículo quedaría destruido en cualquier momento.

Gabbert asintió lentamente y sacó la billetera, donde había colocado el sobrante de billetes que había sacado de la cartera de la señorita Bender.

—Aquí tienes —dijo con un suspiro, entregando al mecánico los últimos billetes—. Supongo que tengo una deuda de gratitud contigo por identificar las limitaciones de mi

automóvil. Ahora, si fueras tan amable, lo pondré marcha, y lo empujaremos por la calle.

El mecánico asintió y caminó hacia la parte trasera del vehículo. Poco después, el automóvil de la empresa de Gabbert pasó a ser parte de las reliquias oxidadas y las baterías muertas que abarrotaban el polvoriento predio llamado Depósito Internacional de Chatarra de los Hermanos Gruñones.

Media hora más tarde, el investigador Howell y la secretaria de gerencia Bender levantaron la vista de sus platos de desayuno para saludar al jefe, que regresaba.

—¿Qué sucedió? —preguntaron al unísono.

—Me temo que no traigo buenas noticias —admitió Gabbert al tiempo que se sentaba a la mesa—. Pero no se preocupen. El gerente del depósito de chatarra me dio cuatrocientos dólares por mi vehículo. Dijo que las partes de ese modelo en particular son difíciles de conseguir y que estábamos haciendo un negocio redondo. El dinero obtenido será más que suficiente para llevarnos a Cyprus Hill.

—¿Ha dicho depósito de chatarra? —preguntó la señorita Bender, sin aliento—. ¿Vendió la miniván a un depósito de chatarra? ¿Cómo haremos ahora para recuperar su dinero?

Gabbert sacó tres boletos recién impresos del bolsillo de su traje.

—Viajaremos en transporte público.

—¿Te refieres al autobús?

—Precisamente. Me tomé la molestia de hablar con el agente de venta de pasajes en la estación, quien amablemente me informó sobre un expreso que sale esta misma noche. Arribaremos a Cyprus Hill a medianoche.

—¿Medianoche? —se quejó la señorita Bender—. Acabamos de pasar una noche entera en medio de la nada esperando que abriera el taller mecánico. ¿Y ahora me dices que tendremos que pasar todo el día aquí para tomar un autobús a Cyprus Hill?



—Me temo que sí —respondió su jefe—. Pero mira el lado positivo. Tenemos diez horas por delante para absorber la cultura de este pintoresco distrito de West Virginia.

—Bueno —dijo Howell, terminando de comer sus nuevos revueltos y chocando sus talones—, si no les molesta, quisiera absorber la cultura del lugar comenzando con el pintoresco bar que está cruzando la calle.

—¿Y usted, señorita Bender? —preguntó Gabbert—. ¿Qué le gustaría hacer con este inesperado regalo de tiempo libre? He notado que hay una tienda de antigüedades casi en las afueras de la ciudad. Estaré feliz de acompañarla para una visita. Podría decirse que soy prácticamente un experto en antigüedades. Ya que fui propietario de algunas piezas en el pasado.

—Sí, me da lo mismo —aceptó la señorita Bender—. Solo necesito unos minutos para ir al baño y refrescarme.

—Tómese su tiempo —dijo Gabbert—. Estaré aquí esperándola.

Cuando la señorita Bender dejó la mesa, Gabbert abrió su bolso y devolvió el dinero que había tomado el día anterior. Cada vez que tomaba dinero de otras personas sin su consentimiento, lo consideraba un préstamo a corto plazo y estaba más que feliz de pagar su deuda. Incluso arrojó unos pocos dólares adicionales como interés.

Luego se giró y miró por la ventana por un largo rato.

—Voy a encontrarte, Ben —susurró—. Podrás correr, pero no podrás esconderte para siempre. Me debes dos mil dólares, y voy a recuperarlos de una forma u otra.



Shane, Alicia y Alex se quedaron mirando la mezcla burbujeante de verduras, porotos y pasta que colmaba la olla grande. El aroma que impregnaba la cocina era maravilloso.

—¡Huele increíble! —exclamó Alicia—. ¡Mi estómago ya está rugiendo, y apenas son las diez y media de la mañana!

—¡El mío también! —apuntó Shane, inhalando la rica fragancia.

Alicia puso los ojos en blanco:

—Tu estómago ruge todo el tiempo.

Alex tomó una cuchara grande, revolvió la mezcla, y observó cómo los ingredientes se mezclaban y formaban un mosaico humeante de color y textura.

—Mira, Ben —llamó—, mi estofado se ve bien esta vez.

El hombre asintió.

—Como te dije antes, cualquier cosa que prepares en la cocina necesita, en primer lugar, oler bien; en segundo lugar, tener buen sabor; y, en tercer lugar, tener buen aspecto. De esa manera, la gente podrá apreciar todo tu arduo trabajo. ¿Por qué crees que los buenos restaurantes invierten tanto dinero en vajilla y cristalería importada? Porque quieren que todo lo que esté conectado con la comida sea agradable a la vista.

—Pero nuestros clientes reciben el estofado en sencillos recipientes de plástico blanco —le recordó Shane.

—Por eso es fundamental que la comida tenga buen aspecto y aroma. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —respondieron los Conquistadores.

En ese momento, Joshua entró en la cocina cargando varias bolsas de alimentos que había comprado en la tienda. Los colocó sobre el mostrador y sonrió.

—Adivina quién está en la portada del diario de Cyprus Hill —dijo sacando la edición matutina de una de las bolsas y dejándola caer sobre el mostrador.

El grupo se reunió rápidamente. En la parte superior de la portada, había una fotografía de Ben y Joshua trabajando en la cocina. Deirás, se alcanzaba a ver a un grupo de Conquistadores envasando y preparando los pedidos.



Alex se inclinó sobre la imagen y luego señaló:

–Mira. Ese es mi brazo. Lo reconocería en cualquier lugar.

–Y ese es mi ojo izquierdo –declaró Shane, señalando otra sección de la imagen.

–Oigan, ¿y yo dónde estaba cuando se tomó esa fotografía? –preguntó Alicia, frunciendo el ceño.

–Probablemente en la sala de estar con Stacy –respondió Shane.

Alicia gimió:

–¡Qué suerte la mía! Tuve la oportunidad de saltar a la fama, pero la perdí por jugar a hacer caras divertidas para Stacey.

–El señor Shepherd hizo una foto tuya. Alicia –dijo Joshua levantando la mano–. Recordé haberlo visto en el patio delantero, cuando estábamos cargando los vagones. Por eso, me detuve en la oficina del periódico esta mañana, para ver si podía obtener una copia.

Alicia parpadeó.

–¿Fuiste la oficina del periódico solo para obtener una foto mía?

–Claro.

Joshua extrajo una gastada y desteñida billetera de cuero de su bolsillo y la desplegó. Alex notó que llevaba algunos dólares, producto del dinero ganado el día anterior, y una fotografía. Sostuvo la imagen en el aire y la extendió hacia Alicia.

–Espero que no te importe que la haya pedido.

Alicia examinó la fotografía y luego miró a su dueño.

–¿Por qué querías tener una foto mía en tu billetera?

–No sé –respondió Joshua–. Supongo que... porque creo que eres bonita.

–¿Crees que mi hermana es bonita? –dijo Shane, abriendo la boca de par en par.

–Pues sí. ¿Acaso tú no lo crees?

–¡No! –replicó Shane–. Mi hermana parece un gecko pelirrojo.

Alicia sonrió con timidez, ignorando el comentario de su hermano.

–Me alegra que te guste mi foto, Joshua. Hasta ahora, solo mis padres llevan fotos mías en sus billeteras.

–El verano pasado tomé una foto de Alicia en Benson Park –dijo Alex, aclarándose la garganta–. Era un día de mucha lluvia, así que realmente parecía un gecko pelirrojo mojado. ¿Quieres tener esa foto también?

Joshua sacudió la cabeza y colocó cuidadosamente la foto en su billetera.

–Con esta foto está bien –dijo.

Alicia dirigió una mirada nefasta a su hermano y a su vecino. Luego, le sonrió a su admirador.

–Bueno, felicitaciones por su foto en el periódico –dijo–. Creo que tú y tu papá se ven muy profesionales en la portada.

–¿De verdad? –Joshua sonrió–. Me preocupaba salir con mala cara.

–Oh, no –respondió ella–. Creo que te ves apuesto.

–Creo que voy a descomponerme –dijo Shane, cerrando los ojos.

Justo entonces, el temporizador que estaba sobre el horno emitió un sonido que le recordaba al grupo la importancia de revolver la olla de estofado. Luego de dar una mirada final al periódico, Ben, Shane y Alex se apresuraron para atender la burbujeante preparación.

Alicia y Joshua se quedaron solos junto al mostrador.

Por un momento, hubo un silencio. Luego, Alicia habló:

–¿Podría llevar una foto tuya en mi billetera?

La cara de Joshua se arrugó dejando relucir una amplia sonrisa.

–¿En serio? ¿Te gustaría tener una foto mía?



–Claro. Quiero decir, ¿cuántas chicas en Cyprus Hill son amigas de alguien cuyo padre es un cocinero galar-donado? Además, ahora que tu foto está en el periódico, ¡eres una celebridad!

Joshua pensó por un momento.

–Quizá tenga una en mi maleta, en la carpa del jardín. Iré a revisar ahora mismo –dijo y, dándose media vuelta, salió en dirección al jardín.

Alicia frunció el ceño.

–¿Acaso dijo "carpa del jardín"?

Alex asintió.

–Sí. Ben y su familia se están quedando con nosotros durante unos días. Josh y yo decidimos acampar en el patio trasero para que Ben, Ann y Stacy puedan dormir en mi habitación –Alex hizo una pausa–. Shane, ¿quisie-ras unírte a nosotros esta noche? Josh conoce muchas historias de miedo.

–¡Por supuesto! –respondió Shane con entusiasmo.

–Oigan, ¿qué hay de mí? Yo también tengo una carpa –se quejó Alicia.

Alex se encogió de hombros.

–De acuerdo, puedes venir. Pero trae algunas golosinas.

–¡Trato hecho!

Ben volvió a colocar el temporizador y se dirigió a sus tres ayudantes.

–Me pareció escuchar que han formado una especie de club. ¿Cómo se llama?

–Así es. Se llama Club de Especialidades –anunció Shane con orgullo, mientras sacaba plantas de lechuga fresca de las bolsas que Joshua había traído.

–Y el objetivo del Club es completar diferentes especia-lidades juntos, ¿verdad?

–¡Exacto! En este momento estamos trabajando para completar la especialidad de Arte Culinario. Cuando lo

logremos, nos darán una insignia con la imagen de una olla con un mango largo. Aunque no estoy seguro de que Alex la reciba. Quizá su insignia muestre la imagen de alguien corriendo al baño.

Ben soltó una carcajada y luego preguntó:

–¿Y qué han aprendido sobre el arte de la cocina, hasta ahora?

–Pregúntanos algo –invitó Alicia, mientras se acomoda-ba frente a la tabla de picar y tomaba, una a una, las zanahorias cultivadas orgánicamente y recién lavadas–. Hemos estado estudiando mucho.

–De acuerdo. Veamos... –dijo Ben, abriendo una gran lata de aceitunas picadas–. Creo que podemos comenzar con lo básico. ¿Qué significa hervir?

–Es colocar un líquido a calentar hasta que se formen burbujas –respondió Shane, picando cuidadosamente la lechuga.

–¿Y asar?

–Es cocinar con calor directo, como en una parrilla –respondió Alicia.

–¡Excelente! Y ¿qué significa freír?

–¡Creo que tengo esa respuesta! –exclamó Alex mientras trituraba un gran tomate de color intenso–. Freír es cocinar los alimentos en una sartén, usando abundante aceite de cocina. Pero, si quieres cocinar de manera saludable, tendrías que usar muy poco aceite, ¿verdad?

–¡Muy bien! La siguiente pregunta es más difícil. ¿Qué significa cocinar a fuego lento?

Shane dejó su cuchilla por un momento y levantó una mano cubierta de trozos de lechuga.

–Cocinar a fuego lento significa cocinar suavemente o justo por debajo del punto de ebullición. Es algo así como lo que le sucede a mi hermana cuando va a la playa e intenta broncearse: solo obtiene más pecas.



–Sí que puedo broncearme –replicó Alicia mientras distribuía rodajas de zanahoria en varias ensaladeras–. Es solo que me bronceo en lugares específicos. Eso sí que requiere talento.

Ben sonrió a sus jóvenes aprendices.

–Estoy impresionado por sus logros. ¿Han estudiado acerca de métodos de cocina sin agua?

Alex asintió.

–¿Te refieres a cuando cocinas algo con sus propios jugos en lugar de añadir agua? Pues sí. Estudiamos que se coloca una tapa a presión sobre la olla, y el vapor que se desprende de los mismos alimentos funciona como líquido para cocinar. El señor Cho explicó que así se evita que las vitaminas y los minerales se pierdan, y la comida resulta más nutritiva.

–¡Ustedes son increíbles! –dijo Ben, sacudiendo la cabeza–. ¿Qué más has aprendido?

–Alicia encontró un sitio en Internet que trata el tema de la seguridad en la cocina –comentó Shane–. Y aprendimos cosas interesantes. Por ejemplo, si el aceite se prende fuego, no se puede apagar con agua, hay que usar un extinguidor. Además, si se cocina usando hornallas, hay que prestar atención para que todas las manijas de las ollas y las sartenes apunten adonde no puedan ser golpeadas accidentalmente y caerse. Esto puede evitar quemaduras y otros accidentes.

–Ben, ¿podemos hacerte algunas preguntas? –inquirió Alex levantando el cuchillo.

–De acuerdo... –respondió, vacilante.

Alex se limpió las manos y corrió en dirección a la sala de estar. Minutos más tarde, regresó con un cuaderno y lo colocó al lado de una cesta que contenía tomates.

–Comencemos... –dijo, hojeando las páginas–. ¿En qué temperatura se debe configurar un refrigerador?

–Yo diría que entre 2 °C y 5 °C.

–¿Es aconsejable guardar comida en el refrigerador mientras aún está caliente?

–No, de ninguna manera.

–¿Por qué?

–Porque al colocar un alimento caliente dentro del refrigerador, existe el riesgo de calentar otros alimentos allí depositados y dar a los gérmenes la oportunidad de prosperar.

Alex volteó una página y siguió preguntando:

–¿Por qué es mala idea dejar recipientes de vidrio vacíos sobre las hornallas?

Ben pensó por un momento.

–Bueno, porque si las hornallas se encendieran por error, el vidrio explotaría.

–Muy bien. Estás aprobado –dijo Alex con una amplia sonrisa.

–¡Qué alegría! –dijo Ben, al tiempo que se pasaba el dorso de la mano por la frente–. Ahora, tengo una última pregunta para ustedes.

–¡Estamos listos! –corearon los miembros del Club de Especialidades, con ganas de poner a prueba sus conocimientos.

–¿Quién puede nombrar los cinco grupos de alimentos, en orden de importancia, que contribuyen a tener buena salud?

Los tres miembros del Club de Conquistadores dejaron lo que estaban haciendo y formaron un círculo en el medio de la cocina. Ben los observó mientras escuchaba sus susurros. Primero, Alex señaló a Alicia. Luego, a Shane. Finalmente, se enderezaron.

–Estamos listos –anunció Alex mientras cada uno regresaba a su respectivo lugar de trabajo–. Como nosotros somos vegetarianos, hemos aprendido acerca de los tipos de alimento de origen vegetal. ¿Te parece bien?

–¿De verdad? ¡Yo también soy vegetariano! –dijo Ben.

–El principal grupo de alimentos, es decir, aquellos de



los que debes comer un montón, es el que incluye todos los cereales integrales –dijo Alicia–. Pero, aunque Shane no esté de acuerdo, este grupo no incluye pasteles de chocolate.

–Las frutas y las verduras vienen a continuación –explicó Alex–. Se supone que debes comer muchas frutas y verduras cada día.

Shane se aclaró la garganta y añadió:

–Luego vienen los productos lácteos, como la leche y el queso. También todas las legumbres y los frutos secos, como lentejas, garbanzos, nueces y almendras.

Hizo una pausa y agregó:

–El pastel de chocolate debería estar incluido en el primer grupo porque es el mejor postre después de haber comido arroz o pastas integrales.

–Finalmente –dijo Alicia, interrumpiendo a su hermano–, están las grasas, los aceites y las sales. Y los dulces. Estos deben comerse con moderación, es decir, no en grandes cantidades.

–¡Vaya! Ustedes sí que están en el camino correcto para convertirse en cocineros conscientes de cómo la alimentación afecta la salud. ¡Felicitaciones! –dijo con una sonrisa de satisfacción.

Alex levantó la vista de su trabajo.

–Ahora que lo pienso –dijo Alex–, me doy cuenta de que en los almuerzos que preparamos están presentes todos los grupos de alimentos. Por ejemplo, el estofado tiene pasta, verduras, soja texturizada... y la ensalada tiene lechuga, tomates, aceitunas, trozos de queso y pan integral. Además, hoy estamos incluyendo dos galletas de avena a modo de postre. ¡Este sí que es un almuerzo saludable!

Ben asintió.

–En mi opinión, los cocineros somos responsables de las personas para las que cocinamos. Quiero decir, nosotros no encontraremos una cura para el cáncer, pero podemos

cocinar algo que contribuya a prevenir la enfermedad. Mis recetas son para mejorar la vida de quienes las consumen. Eso es lo que hacemos los cocineros responsables: hacemos una vida mejor, un bocado a la vez.

–Pensé que solo estábamos aprendiendo a cocinar para completar nuestra especialidad del Club de Conquistadores –dijo Alicia, con una sonrisa–. Pero, si lo que estamos aprendiendo puede ayudar a que las personas tengan una vida más sana, ¡mucho mejor!

En ese momento, Joshua regresó con una fotografía demasiado grande como para caber en una billetera. Sonrió tímidamente a Alicia y dijo:

–Esta es la única que tengo. Es mi fotografía escolar del año pasado.

–Bueno –respondió ella–, es un poco... grande. No creo que entre en mi billetera... ni en mi bolso. Pero puedo ponerla en la pared de mi dormitorio, al lado del póster de los tres gatitos que juegan con una bola de hilo. ¿Qué te parece?

–¡Me parece genial! –dijo Joshua.

Shane miró a Alex, luego sacudió la cabeza, puso los ojos en blanco y regresó a la tarea de preparar porciones de la ensalada.

Minutos más tarde, un grupo de Conquistadores uniformados arribaron a la casa de Alex, cada cual tirando, empujando o pedaleando el transporte que emplearía para repartir los deliciosos almuerzos. Cada bolsa había sido cuidadosamente preparada y sellada; y esta vez llevaban algo que el señor Cho había conseguido la noche anterior: servilletas de papel con versículos bíblicos edificantes e inspiradores impresos en ellas.

–Así también será comida para el alma –había dicho cuando se detuvo esa mañana en casa de Alex para dejar varios paquetes de servilletas.

Alicia cargó su carrito y salió directamente hacia la residencia de ancianos ubicada entre los altos robles, al



otro extremo de Benson Park. Allí, el personal la recibió calurosamente y le permitió entregar personalmente los almuerzos a los residentes que habían hecho su pedido esa mañana.

A Alicia le gustaba visitar la residencia para ancianos. Su bisabuela había vivido allí años atrás, y desde entonces solía hacer visitas. Si bien muchos de sus amigos se burlaban de las personas mayores que paseaban por el parque usando bastones o andadores, Alicia nunca se unió a ellos. El tiempo que había pasado junto a su bisabuela le había enseñado lo que era ser anciano y no tener la vitalidad o la fuerza para hacer las cosas que quieres hacer. Su bisabuela se había debilitado y se había vuelto cada vez más dependiente de los demás. Finalmente, falleció. En palabras del pastor que ofició el funeral: "Descansa en Jesús".

Los años habían pasado, pero cada vez que Alicia caminaba por los amplios pasillos de la residencia o entraba en alguna de sus luminosas habitaciones, se sentía cerca de la mujer que había sido tan amable con ella y con la que había jugado tanto cuando era pequeña. Había algo reconfortante en estar con personas mayores. Ellos disfrutaban de los chistes más simples y podían permanecer sentados durante horas hablando del pasado.

—Realmente apreciamos el delicioso almuerzo que trajiste hoy —dijo el director de la residencia de ancianos mientras pagaba por la comida para el personal—. Nos encanta apoyar al Club de Conquistadores y además tener el honor de disfrutar de tan buena comida de la mano de un famoso cocinero de Chicago. ¡Hemos leído la nota que fue publicada hoy en el periódico!

Alicia decidió no mencionar que Alex había ayudado a preparar el estofado de ese día. Su talento en la cocina no gozaba de buena reputación, ni en Cyprus Hill ni en sus alrededores.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa—. Los Conquistadores valoramos mucho el trabajo que realizan en esta residencia. Y pensaremos en usted cada vez que preparemos palomitas de maíz en nuestro nuevo microondas.



Las ventas del mediodía fueron muy buenas, y dejaron a los Conquistadores muy cansados, pero también muy felices. Empresarios, comerciantes, vecinos y estudiantes habían encargado almuerzos y estaban totalmente satisfechos con la comida que habían recibido. Todos ellos prometieron seguir apoyando las actividades del Club.

Los tres miembros del Club de Especialidades se sintieron más que orgullosos de los resultados de su proyecto, especialmente cuando llegó la hora de repartir los ingresos del día. Ninguno pudo evitar notar que, cuando Ben recibió su parte, su rostro se iluminó con una gran sonrisa, y una sensación de alivio pareció extenderse por todo su cuerpo. Al igual que había hecho el día anterior, le mostró a Ann la pequeña suma de dinero, y ella le dio a Stacy un gran abrazo.

Cuando Alicia estaba a punto de irse, se detuvo en la puerta principal.

—Disculpa, Ben. Por esas casualidades, ¿conoces a alguien que viva en la residencia de ancianos?

Ben levantó la vista bruscamente.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque mientras estaba repartiendo los almuerzos en las habitaciones, pasé por la habitación de un hombre que estaba como desconectado de la realidad. Él solo miraba fijamente por la ventana, sin moverse. Entonces lo escuché decir: "Ben". Fue todo lo que dijo. Por supuesto, hay muchas personas que llevan tu mismo nombre... pero, tal vez...



Alicia dejó de hablar cuando Ben se puso de pie y una expresión de preocupación inundó su rostro. Sin mediar palabra, miró a su esposa, quien colocó apresuradamente a Stacy en los brazos de Joshua. Luego, antes de que alguien pudiera decir algo, la pareja salió corriendo por la puerta principal de la casa. Un momento después, el motor de la gran camioneta azul rugió con fuerza y sus neumáticos chillaron mientras avanzaba por la calle.

Los tres pares de ojos se volvieron para mirar a Joshua, quien se sentó en silencio, sosteniendo a su hermanita en sus brazos. El reloj en la repisa de la chimenea marcó las dos en punto.

Joshua permaneció sentado un largo momento antes de ponerse de pie y hablar.

—Bueno... creo que llevaré a Stacy a la carpa por un rato —dijo, en voz baja—. Tal vez así logre que descanse. Mamá me dijo que estuvo algo inquieta durante la noche. Los veré más tarde.

Y, con esas palabras, se retiró. Alex, Shane y Alicia escucharon la puerta trasera cerrarse.



El silbido de los frenos neumáticos resonó en el estacionamiento vacío cuando el gran autobús se detuvo. Cyprus Hill yacía oscuro y aparentemente desierto. De fondo, se veían los pliegues de las montañas. La quietud fue perturbada por un perro que pasó corriendo entre las sombras y una lechuza que ululó a lo lejos. Muy por encima de la ciudad, las estrellas brillaban en el cielo mientras un viento fresco sacudía suavemente las hojas de los altos robles que crecían sobre Benson Park.

Con un chirrido, la puerta del autobús se dobló para permitir que los pasajeros descendieran. El primero en bajar

fue un hombre que vestía un traje de tres piezas y llevaba un maltratado maletín de cuero. Detrás de él bajó otro hombre y una mujer, que miró con desdén a su alrededor.

—¿Dónde están todos? —preguntó ella.

—Están dormidos. Eso es lo que la gente hace en los pueblos pequeños. Todos se van a dormir cuando oscurece —respondió Andrew Gabbert con una sonrisa.

Por su parte, Martin Howell, quien emanaba un fuerte olor a alcohol, pues había consumido muchas bebidas ese día, se puso de pie frente a la estación de autobuses desierta y preguntó:

—¿Habrá algún bar abierto en este pueblo de mala muerte?

—Me temo que sí —respondió su jefe, estirando los músculos de las piernas—. Pero debes prometerme que te mantendrás alejado de ellos hasta que hayamos cumplido nuestra misión, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. Entiendo —dijo Howell, haciendo un gesto con la mano.

La señorita Bender recibió su maleta de manos del conductor, quien había estado revolviendo los diferentes compartimentos de equipaje ubicados debajo del autobús.

—¿Dónde nos hospedaremos? —preguntó.

—Hay un hotel sobre esta calle, como a unas dos cuadras. Creo que podremos despertar al propietario —dijo Gabbert, haciendo un gesto en la oscuridad.

La señorita Bender parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

Su jefe sonrió.

—Porque en todos los pueblos pequeños de Estados Unidos hay un hotel a poca distancia de la estación de autobuses.

Después de recuperar sus maletas, el conductor subió a bordo del autobús. La puerta se cerró con un chillido, y una explosión anunció que el motor se ponía nuevamente



en movimiento; el vehículo rugió, avanzó y se perdió de vista al girar en la esquina. Minutos más tarde, el ruido proveniente del motor había dejado de ser audible.

–Los pueblos pequeños tienen tanta paz... –dijo Howell, tomando su maleta y pasando su brazo a través de la correa de su maletín–. Me da escalofríos.

–Te acostumbrarás –dijo Gabbert, entre risas.

En ese momento, llamó su atención una casilla metálica con las palabras “El mensajero de Cyprus Hill” escritas en negro. Con curiosidad, se acercó y se inclinó para leer los titulares.

–Bueno, bueno... ¡Estamos de suerte! –se dijo a sí mismo.

Luego, revolió dentro de sus bolsillos, sacó una moneda de 25 centavos y la dejó caer dentro de la ranura. Levantó la tapa de la casilla y tomó una copia del periódico.

–Sin lugar a dudas, somos afortunados –dijo a sus compañeros al tiempo que extendía el periódico para acercarlo a la tenue luz de la calle.

–Señor Howell. Señorita Bender –anunció por encima del zumbido proveniente del poste de luz–. Les presento a nuestro buen amigo Ben y su hijo, Joshua. Parece que están tratando de hacerse famosos por aquí. Tal vez este artículo nos brinde información útil para localizarlos.

Sus somnolientos empleados asintieron y cada uno tomó sus respectivas maletas.

–Entonces, ¿dónde queda ese hotel que todo pueblo pequeño de Estados Unidos tiene? –preguntó Howell con un bostezo–. Tengo muchas ganas de dormir sobre algo que no se mueva.

–Sígueme –ordenó su jefe con una sonrisa–. Estaremos en la tierra de los sueños antes de darnos cuenta.

Los tres se abrieron paso por la calle oscura. Gabbert elevó su mirada en dirección al sur, hacia el corazón de la ciudad. A lo lejos, podía distinguir el borde Benson Park y, más allá de eso, un letrero escasamente iluminado que

señalaba la entrada a la residencia de ancianos. Frunció el ceño y se estremeció ligeramente a causa del aire fresco proveniente de la montaña.

–Pronto dejaremos esta ciudad atrás –dijo en voz baja.

Luego, cambiando su maleta de una mano a la otra, agregó.

–Cuanto antes, mejor.

Con esas palabras, doblaron en la esquina y se dirigieron hacia el pequeño hotel ubicado al final de la calle desierta.





## Capítulo 5

# LA CAJA MISTERIOSA

**E**l sol de la mañana apenas se elevaba sobre el horizonte cuando Andrew Gabbert se abrió paso por las tranquilas calles de Cyprus Hill. El aire matutino transmitía el fresco aliento de la noche. Los negocios permanecían cerrados, y los peatones aún no se aventuraban a comenzar el día.

Al pasar por Benson Park, Gabbert hizo una pausa y observó a través de la foresta, disfrutando del canto de los pájaros y de la luz que se escurría entre las hojas de los frondosos árboles. Cuando llegó a la amplia entrada de adoquines que conducía a la residencia de ancianos, ingresó y siguió por el camino sinuoso hasta la puerta principal del establecimiento. Por un momento, dudó. Pero luego se ajustó la corbata, sacudió las pelusas de su traje, levantó la barbilla y entró en el vestíbulo.

—¿Puedo ayudarlo?—preguntó una mujer de rostro amable desde detrás del mostrador de la enfermería, ubicado al otro extremo del vestíbulo.

—No es necesario—respondió Gabbert, con una sonrisa—. Estoy aquí para visitar a un conocido.

—¿Le importaría firmar nuestro libro de visitas?—preguntó nuevamente la enfermera, señalando un registro abierto que se encontraba sobre el mostrador.

—Por supuesto—dijo el visitante, extrayendo un bolígrafo del bolsillo de su traje—. El hombre que vine a visitar no sabe que estoy aquí. Será una sorpresa.

La enfermera asintió y colocó su dedo sobre sus labios para indicar que no revelaría su presencia a nadie.

—Si necesita algo, sabe dónde estoy—dijo.

El personal de la residencia sabía cuán solos podrían llegar a estar los residentes. Siempre era una ocasión especial cuando un amigo o un pariente pasaba para saludar.

Gabbert saludó con la mano mientras se abría paso por los pasillos.

—Hoy será un día encantador—añadió, a modo de despedida.

—Claro que sí—respondió la enfermera sin levantar la vista del informe que estaba leyendo.

Gabbert comenzó a caminar por el largo pasillo ubicado a su izquierda. Se detenía frente a la puerta de cada habitación para leer los nombres escritos en ellas y luego seguía caminando. Cerca del final del pasillo, se detuvo frente a una puerta etiquetada con un nombre que reconoció. Se tomó un momento para ajustar nuevamente su corbata y dar palmaditas en las mangas de su traje para sacudir el polvo. Cuando hubo terminado de arreglarse, abrió la puerta.

Sus ojos tardaron en adaptarse a la tenue luz de la habitación. Las gruesas cortinas no permitían el ingreso de los rayos del sol. Cuando pudo ver, notó que la cama individual, ubicada entre dos mesas bajas, estaba vacía. Las sábanas y las mantas habían sido cuidadosamente dobladas y apiladas al pie del colchón. Permaneció en la puerta por un largo momento, preguntándose por qué no había ningún ocupante. Entonces, una voz le habló desde las sombras:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Gabbert dio un saltó y se aferró al pomo de la puerta. Luego, una silla chilló y una forma oscura se elevó desde



la esquina de la habitación y se ubicó frente a la suave luz que entraba a través de la puerta abierta. Gabbert suspiró.

–Ben, ¿eres tú!

–Te he hecho una pregunta. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Vine a verlo –respondió Gabbert, señalando la cama vacía.

Ben sacudió la cabeza.

–Bueno, como siempre, llegas demasiado tarde. Murió hace una hora –dijo.

Regresó a las sombras, y agregó:

–Ann y yo estuvimos aquí toda la noche. No queríamos que pasara por esto solo.

–No lo sabía –explicó Gabbert, levantando su mano.

–¿Habría sido diferente si lo hubieras sabido?

–¡Por supuesto!

–¿De verdad? –preguntó Ben, poniéndose nuevamente de pie–. Déjame preguntarte algo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? ¿Cuándo fue la última vez que le escribiste una carta o le enviaste una tarjeta de cumpleaños? Han pasado años, Andy. ¡Años!

Gabbert bajó la mirada.

–No pensé que él quisiera saber nada de mí.

–¡Él era tu padre! –declaró Ben, enojado–. Tu propia sangre. ¿Acaso eso no significa nada para ti?

–No sabía que estaba enfermo.

–No lo sabías porque no preguntaste. Estabas demasiado ocupado tratando de hacer tu primer millón, tratando de cerrar algún buen negocio, tratando de ser alguien que no eres.

Gabbert miró hacia la cama vacía por varios minutos, y sus hombros se hundieron.

–Él estaba decepcionado de mí, Ben. Esas fueron sus propias palabras. Nunca fui lo suficientemente bueno para él.

–Ahora lo entiendo. Entonces, en lugar de tratar de convertirme en algo de lo que él podría estar orgulloso, decidiste

borrarlo de tu vida. Bueno, buenas noticias, hermano: ya no debes preocuparte por lo que papá piense de ti. Puedes ser y hacer lo que quieras, porque nuestro padre ha muerto.

Gabbert sacudió la cabeza.

–No esperaba que algo así sucediera –dijo, tratando de controlar sus emociones–. Al menos, no ahora.

Ben soltó una risa seca.

–Bueno, la muerte es así. No importa cuánto lo intentes, no puedes mantenerla alejada para siempre. Y, como sé que no hiciste todo este viaje para consolar a un padre moribundo, déjame preguntarte de nuevo: ¿Qué estás haciendo aquí?

Gabbert dejó escapar un largo suspiro y luego levantó la barbilla. Miró a su hermano a los ojos y dijo:

–Necesito dinero.

–¿Qué?

–Necesito el dinero que te di hace unos meses.

–No puedo creerlo... No puedo creerlo –dijo Ben con incredulidad–. ¿Viajaste desde Chicago a Cyprus Hill para encontrar a tu hermano menor y reclamarle un préstamo?

–Mira, no tengo por qué darte explicaciones, ni a ti ni a ninguna otra persona. Solo devuélveme los dos mil dólares, y estaremos fuera de la ciudad antes del mediodía.

Ben frunció el ceño.

–¿Estaremos? ¿Qué quieres decir con "estaremos"? –hizo una pausa–. Espera un minuto. ¿Trajiste a Howell contigo? ¿Trajiste a... a ese matón contigo para recuperar el dinero? ¿Estás absolutamente loco?

–La manera en la que llevo a cabo mis negocios no es un tema de tu incumbencia. Solo devuélveme el dinero, y te dejaremos en paz.

Ben caminó hacia la ventana y descorrió las cortinas permitiendo que la luz matutina inundara la habitación.

–No lo tengo –dijo finalmente.



–Bueno, entonces vamos a buscarlo donde sea que lo tengas.

–No tengo el dinero. Se ha ido. Lo he gastado.

–¿Todo?

–Sí, todo. Stacy se enfermó, tuvimos que llevarla al hospital mientras todavía estábamos en Chicago y requirió un montón de estudios clínicos muy caros. Luego, tuvimos que comprar medicamentos. Cuando la residencia de ancianos llamó y me dijo que papá estaba enfermo, empacamos de inmediato, subimos a la camioneta y condujimos hasta aquí. Usé lo que quedaba del dinero para el combustible y para reemplazar un par de neumáticos desgastados. Desde que llegamos a Cyprus Hill, hemos pasado la mayor parte de nuestro tiempo aquí, en esta sala. He podido ganar unos dólares ayudando a un grupo juvenil local que recauda fondos para su club, pero he gastado la mayor parte del dinero en medicamentos. Lo siento, Andy, pero estoy en bancarrota. No tengo un centavo.

Gabbert miró a su hermano sin hablar.

–Voy a pagarte con intereses –continuó Ben–. Solo necesito encontrar un trabajo. Cyprus Hill no tiene mucha demanda de cocineros, por lo que es posible que tenga que ir a otro lugar. Pero no me doy por vencido. No debes preocuparte, cumpliré mi promesa y te devolveré el dinero.

Ben notó que la cara de su hermano mayor se suavizaba un poco. Andrew Gabbert esbozó una triste sonrisa.

–¿Qué pensaría nuestro padre de nosotros ahora? –preguntó en voz baja–. Sus dos hijos están en la pobreza, sin un centavo.

Ben frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que mi fortuna financiera se ha extinguido. En parte, debido a un caballo por el que aposté, pero que decidió tomar una siesta en lugar de correr la carrera.

Ben suspiró y se sentó en el borde de la cama vacía.

–Parece que estamos en el mismo barco. ¿Qué vamos a hacer ahora?

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Al girar, los dos hermanos vieron a un hombre petiso y calvo. Sostenía un maletín y parecía no atreverse a entrar en la habitación.

–¿Ustedes son Ben y Andrew Gabbert? –preguntó.

–Sí.

El hombre extendió su mano para saludarlos.

–Mi nombre es Winston Perry. Soy abogado local y el administrador de la herencia de su padre. Les extiendo mis más profundas condolencias en este momento de dolor. Me enteré de su fallecimiento hace algunos minutos, cuando la funeraria me contactó para darme esta triste noticia. He venido para recoger las pertenencias de su padre, pero cuando firmé el registro de visitas noté que había dos personas de apellido Gabbert en la residencia.

–Sí, somos sus hijos –respondió Ben.

–Me lo imaginaba –dijo el abogado, asintiendo.

Luego, hizo un gesto hacia la cama vacía.

–Como ustedes saben, su padre no era un hombre rico. Desde que volvió a Cyprus Hill, fue muy activo y participó en diversos proyectos para la comunidad, donando la mayor parte de su tiempo y sus bienes para ayudar a los necesitados.

Ben sonrió.

–Sí, ese era mi padre.

–Sin embargo –continuó el abogado–, dejó algo para sus hijos. Se trata de una caja mediana que he guardado en mi caja fuerte durante varios años. No sé qué contiene, pero su padre me dejó en claro que, tras su muerte, sus dos hijos se convertirían en sus únicos dueños. Entonces, si fueran tan amables de acompañarme a mi oficina, cumpliré con la voluntad de su padre y les entregaré la caja.



Con esas palabras, el abogado se retiró. Ben y Andrew decidieron seguirlo, no sin antes dar una última mirada a la cama vacía.



El cálido sol de la mañana bañaba los hombros de los dos hermanos mientras ocupaban un banco debajo de la estatua de un héroe de guerra, cerca del centro de Benson Park. Entre ellos, descansaba una caja envuelta cuidadosamente en papel blanco y atada con una fina cuerda.

Ben miró al paquete y luego a su hermano.

–Deberíamos abrirla.

–Estoy de acuerdo –dijo Andrew, vacilante–. ¿Qué crees que contiene?

–No lo sé –respondió Ben–. Probablemente algo de nuestra infancia. Tú fuiste criado aquí, en Cyprus Hill, pero yo he pasado toda mi vida en Chicago. Tal vez sea un recuerdo.

Andrew extrajo una pequeña navaja de bolsillo de sus pantalones y desplegó una cuchilla.

–Supongo que es hora de descubrir lo que era tan importante para nuestro padre al punto de que quería que lo tuviéramos después de que falleciera. Con tu permiso, haré los honores.

Ben enfocó su mirada en dirección a la residencia de ancianos.

–Lo voy a extrañar.

–Aunque resulte increíble, yo también –dijo Andrew.

Luego, cortó las cuerdas y recortó cuidadosamente la parte superior de la caja. Ben retiró la tapa para revelar el contenido.

–Mira lo que tenemos aquí –dijo–. Es el pequeño reloj de mesa que teníamos en Chicago. ¿Lo recuerdas, Andy?

–Claro que sí. Mamá y papá también lo tuvieron en la casa de Cyprus Hill, antes de que nacieras. De hecho, no puedo recordar un momento en el que no tuvieran ese reloj. Tenía una campanilla encantadora. Recuerdo escucharlo hasta altas horas de la noche mientras intentaba dormir. Hacía un sonido muy especial.

Ben frunció el ceño.

–¿Por qué papá nos dejaría un reloj?

Andrew sacó el aparato de la caja y lo sostuvo en sus manos. La luz del sol se reflejaba en su superficie con un brillo dorado, y el vidrio que cubría las agujas estaba cristalino e intacto. El reloj se veía tan hermoso como el día en el que salió de la fábrica.

–¿Qué es eso? –observó Ben–. Hay una nota escondida adentro.

Con cuidado, giró una diminuta perilla y abrió la ventana de cristal que protegía la cara del reloj. En la base del reloj había un trozo de papel. Ben lo extrajo, lo desplegó y leyó estas palabras en voz alta:

“Queridos Andy y Ben. Si están leyendo esto, significa que he muerto...”.

La voz de Ben se ahogó por un momento. Luego, respiró hondo y continuó:

“Quiero que sepan cuánto los amo y lo orgulloso que estoy de sus logros. No lo dije lo suficiente estando con vida, y lo siento mucho.

“Este reloj ha estado en la familia durante mucho tiempo. Es lo único de valor que decidí conservar. Ahora les pertenece. Pero hay una condición: deben usarlo juntos. No es un regalo para uno u otro, es un regalo para ambos.

“Por favor, lleven este reloj a un hombre llamado Simon Kozar, el dueño de la tienda de antigüedades de la ciudad. Él sabrá qué hacer.

“Recuerden que los amo. Siempre lo he hecho”.



La nota estaba firmada con la palabra "Papá".

Andrew giró el reloj lentamente en sus manos.

—Estamos en presencia de una pieza fina —dijo, admirando su brillo dorado y la cuidadosa mano de obra evidente en su construcción—. ¡Podría valer cuatrocientos o quinientos dólares! Eso resolvería todos mis problemas financieros.

Ben señaló la nota.

—Espera, Andy. Papá dejó en claro que debemos usar el reloj para hacer algo juntos.

—De acuerdo —dijo el hermano mayor, con una sonrisa—. Tomaré la parte que te corresponde del reloj como parte de pago de lo que me debes.

—No creo que eso fuera lo que papá tenía en mente.

Con cuidado, Andrew regresó el reloj a la caja.

—Quizá tengas razón. Supongo que deberíamos visitar al señor Kozar. Después de todo, solo estoy especulando sobre su valor. El reloj puede valer mucho menos. No decidamos qué hacer con el dinero hasta saber exactamente cuánto vale.

Ben asintió.

—De acuerdo. Ahora, ¿dónde está la tienda de antigüedades que papá mencionó en la nota?

—Creo que está en esa dirección —respondió Andrew, señalando hacia el este—. Recuerdo haber visto un cartel cuando pasé por el correo esta mañana.

Andrew salió del parque con la caja en la mano, y Ben lo siguió. Los dos hombres se abrieron paso a lo largo de la vía principal que recorría la ciudad. Poco después, llegaron a la entrada de la tienda de antigüedades de Cyprus Hill. Una vez dentro, se acercaron a un hombre de cabello blanco que vestía un traje verde y zapatillas blancas. El hombre estaba sentado en un taburete, detrás de un gran mostrador.

—¿Es usted Simon Kozar? —preguntó Ben.

—Sí, soy yo.

Andrew colocó la caja sobre el mostrador, la abrió y levantó el reloj. De repente, el semblante del hombre reflejó una profunda tristeza.

—¿Cuándo murió? —preguntó.

—Esta mañana —respondió Ben, en voz baja—. Tenía cáncer.

—Lo sé —dijo el anciano—. Éramos buenos amigos.

Andrew hizo un gesto hacia el reloj.

—Nuestro padre nos dijo que...

—Sí, sí, conozco toda la historia —dijo Kozar—. Verán, su padre trajo este reloj hace un par de años y me pidió que encontrara un comprador. Y lo hice: hay un coleccionista en Baltimore que prometió comprarlo en cuanto estuviera disponible.

Ben frunció el ceño.

—¿Un coleccionista? ¿Por qué un coleccionista estaría interesado en el reloj de nuestra familia?

Kozar levantó la vista, sorprendido. Miró a Ben y luego a Andrew.

—¿Acaso no lo saben?

—¿Saber qué? —preguntaron a dúo.

—Este es un reloj de la firma Robin Fils.

—¿Y? —dijo Ben.

El hombre detrás del mostrador suspiró.

—No tienen ni idea, ¿verdad?

Andrew levantó la mano para pedir permiso para hablar.

—Desde luego, me doy cuenta de que este reloj tiene algún valor dado que soy un experto en antigüedades, pero...

—¡Este es un reloj único en su especie! Data del siglo XIX, posee cuatro capas de vidrio frontal y se apoya en una plataforma *tourbillon*!<sup>2</sup> —interrumpió Kozar—. En otras palabras, este reloj es muy raro. Único.

<sup>2</sup> Nota de la traductora: El *tourbillon* es un mecanismo de alta relojería, inventado por Abraham-Louis Breguet a finales del siglo XVIII, que sirve para compensar los efectos de la gravedad sobre la precisión de un reloj.



—Entonces—preguntó Ben—, ¿de cuánto estamos hablando? ¿Cuatrocientos, quinientos, acaso seiscientos dólares? Kozar sacudió la cabeza.

—Caballeros, hace tres años, el coleccionista de Baltimore ofreció 22 mil dólares por este reloj. A estas alturas, estoy seguro, su valor ha aumentado.

Ben y Andrew se quedaron con la boca abierta mirando a Kozar.

—¿Veinte...? ¿Acaso dijo veinte...? —tartamudeó Ben.

—Así es. Veintidós mil dólares. Esta es una pieza increíblemente valiosa. Existen muy pocos ejemplares en el mundo.

—¿Y este coleccionista está dispuesto a pagar esa suma?

—Y probablemente mucho más. Lo llamaré ahora mismo, si quieren.

Kozar levantó el teléfono mientras los dos hermanos seguían mirándolo con incredulidad.



Martin Howell estaba a punto de salir de la habitación del hotel cuando su jefe entró.

—¿Dónde ha estado? —preguntó el detective, cerrando su maletín—. Estoy listo para salir en búsqueda de nuestro villano. Hay un autobús que sale esta noche, con dirección al norte. Quizá podríamos tomarlo. Pero, como te fuiste por tanto tiempo, comencé a pensar que nos habías olvidado.

Gabbert levantó las manos.

—Encontré a Ben —dijo.

—¿De verdad? —vitoreó Howell—. Eso es genial. ¿Recuperaste el dinero?

Gabbert sacudió la cabeza.

—Bueno, no exactamente. Verás, se ha extinguido.

—¿El qué?

—El dinero.

—¿Quieres decir que no hay dinero? —preguntó Howell, mirando a su jefe sospechosamente.

—Es una situación muy complicada, por lo que no tomaré tiempo para explicar los detalles. Pero no te preocupes, serás compensado por acompañarme hasta aquí, a Cyprus Hill.

Gabbert sacó su billetera y puso en la mesa lo que quedaba del efectivo que había recibido por la venta de su camioneta: unos doscientos dólares.

—Me temo que esto es lo máximo que puedo darte, pero debería ser suficiente para comprar los boletos de autobús de regreso a Chicago. Como te imaginarás, esto significa que debo cerrar mi empresa.

—¿Cómo ha dicho? —preguntaron sus dos compañeros.

—Desafortunadamente, mi situación financiera no me permite continuar con las operaciones empresariales. Por este motivo, he decidido cerrar las puertas del respetado Grupo Financiero Gabbert.

Howell dio algunos pasos y se acercó al rostro de su jefe.

—¿Qué está pasando aquí, Gabbert? —exigió—. Me parece que hay algo que no nos estás diciendo.

—¿Qué quieres decir? Ustedes han sido empelados fieles y leales. Pero la realidad es que debo cerrar la empresa. Si lo desean, puedo escribir cartas de recomendación para ambos. Estoy seguro de que podrán encontrar nuevos puestos de trabajo en el ámbito de las finanzas. De hecho, conozco a algunos...

Antes de terminar la frase, Gabbert sintió que su cuerpo se elevaba del suelo. Howell, que lo había tomado por las solapas de su traje, lo lanzó contra la puerta del baño, con lo que se destrozó en mil pedazos el espejo que colgaba allí.

—Te conozco, Andrew Gabbert —dijo Howell, con ojos fríos y amenazantes mientras se lanzaba al suelo y tomaba al hombre del cuello—. No nos dejarías ir de no ser porque encontraste algo más rentable aquí, en Cyprus Hill. Ahora, ¿qué es?



Gabbert luchó en el suelo para liberarse de las manos del investigador.

—¿Cómo te atreves? —jadeó—. ¡Suéltame en este instante!

Howell levantó a Gabbert y lo empujó a través de la habitación. El hombre tropezó y cayó sobre la cómoda, junto a la cama. La señorita Bender soltó un grito y se levantó del sofá de un salto, al tiempo que su exjefe caía con fuerza justo donde ella había estado sentada.

—Tienes dos opciones aquí —gruñó Howell entre dientes mientras se inclinaba sobre el hombre tembloroso—. O me dices lo qué está pasando o me veré obligado a hacerte pasar a una mejor vida. Y allí no necesitarás ninguna carta de recomendación. ¿Me entiendes?

Gabbert extendió sus manos para defenderse.

—Muy bien, muy bien. Vamos... vamos a tranquilizarnos y a aclarar las cosas. Pero deben prometerme que abandonarán Cyprus Hill en el autobús que sale esta tarde. ¿Puedo contar con eso?

—Sí, claro —dijo Howell, enderezando cuidadosamente la corbata de Gabbert y alisando su propio abrigo con sus dedos gruesos y fuertes—. La señorita Bender y yo no aceptamos que se nos oculte la verdad. No, señor. Nos molesta. Y tú no quieres que estemos molestos, ¿verdad?

Gabbert sacudió la cabeza.

—Bien —dijo Howell—. Entonces, ¿por qué no nos dices la verdadera razón por la que estás cerrando tu empresa?



Ben se apresuró a ingresar en la acogedora cocina de la casa de Alex.

—Siento haber llegado tarde —dijo agitado.

Luego, se detuvo en seco. La cocina estaba vacía, así que fue a fijarse en la sala de estar. Allí, encontró el mismo

panorama. La casa estaba vacía. De regreso a la cocina, notó una nota adherida a la puerta del refrigerador con un imán:

“Hemos ido al supermercado para comprar los ingredientes del ‘estofado para ir a la cama’. Si lo deseas, tú y Josh pueden comenzar a preparar las ensaladas. Regresaremos en breve”.

Ben reconoció que la letra era de Alex. Luego, vio estas palabras, escritas con una caligrafía muy cuidada:

“Lamento mucho la muerte de tu papá”.

Ben sonrió y arrojó la nota al bote de basura ubicado al lado de la puerta trasera. Temprano esa mañana, cuando su padre recién había fallecido, descubrió que el dolor era una emoción extraña. De a momentos, quería estar solo y llorar. En otras ocasiones, se sentía tranquilo. Por esas horas, sabía que había muchos Conquistadores que dependían de él. Por eso, lo mejor que podía hacer era cocinar hasta que Alex y los demás regresaran de la tienda. Sin perder ni un minuto, buscó los elementos de cocina necesarios y comenzó a picar lechuga, zanahorias y aceitunas; y también a cortar rebanadas de pan para preparar la ensalada del día.



Alex, Shane y Alicia salieron del supermercado y se dirigieron hacia la camioneta azul. Iban conversando entre ellos, revisando la lista de tareas pendientes y asegurándose de que cada miembro del Club de Especialidades entendiera a la perfección sus responsabilidades. Una vez más, Alicia haría el reparto en el hogar de ancianos; Shane se dirigiría a la oficina del periódico y a la comisaría; y Alex ocuparía su posición en el parque para vender almuerzos a Kobe y sus amigos. Las áreas restantes serían cubiertas por otros miembros del Club de Conquistadores. Sus nombres estaban prolijamente registrados en la hoja.



—A este ritmo, creo que alcanzaremos nuestro objetivo para el lunes —comentó Alex mientras acomodaba las bolsas de comida y cerraba el baúl de la camioneta—. Casi puedo saborear esas palomitas de maíz calientes y crocantes.

—Yo también —asintió Alicia, colocando sus pertenencias debajo del asiento trasero.

Mientras los chicos se ponían los cinturones y aseguraban a Stacy en su sillita, Ann, que había conducido hasta el supermercado, ya emprendía el viaje de regreso por la ruta que llevaba a la casa de Alex.

—¿Crees que nos sobrará dinero suficiente como para comprar una máquina de hacer helados para el Club? —preguntó Shane—. Nada combina mejor con las palomitas de maíz que el helado.

Alex soltó una risotada desde el asiento del acompañante.

—¡Esa sí que es una comida nutricional! —destacó—. Palomitas de maíz y helado. ¿En qué lugar de la pirámide nutricional podríamos ubicar eso?

Shane estaba a punto de responder pero fue interrumpido por el rugido de un motor. De pronto, una camioneta naranja que apareció de la nada aceleró dejando un oscuro rastro de humo y les cerró el camino en medio de la ruta. Un extraño con brazos musculosos y tatuados se bajó de un salto, corrió hacia ellos y abrió violentamente la puerta de la camioneta.

—¿Me recuerdas, Ann? —rio—. Vamos, no lo hagas más difícil y vete al asiento trasero.

Ante tal montaña de músculos, Ann no tuvo más opción que agolparse en el asiento con Shane, Alicia y Stacy mientras el corpulento hombre encendía nuevamente el motor.

Alex, amedrentado, preguntó:

—Un momento, ¿quiénes eres tú?

—¡Cállate! —gritó el gigante gruñón.

Mientras tanto, en la otra camioneta que había quedado atravesada en medio del camino, la acompañante del

temerario hombre, una mujer con demasiado lápiz labial y cabello rubio blanquecino, tomó el volante y gritó por la ventanilla:

—Rápido. Salgamos de aquí.

Los dos vehículos se balancearon bruscamente y avanzaron a toda velocidad por la ruta, alejándose de la ciudad. Alex cruzó una mirada con Ann y percibió el miedo en sus ojos.

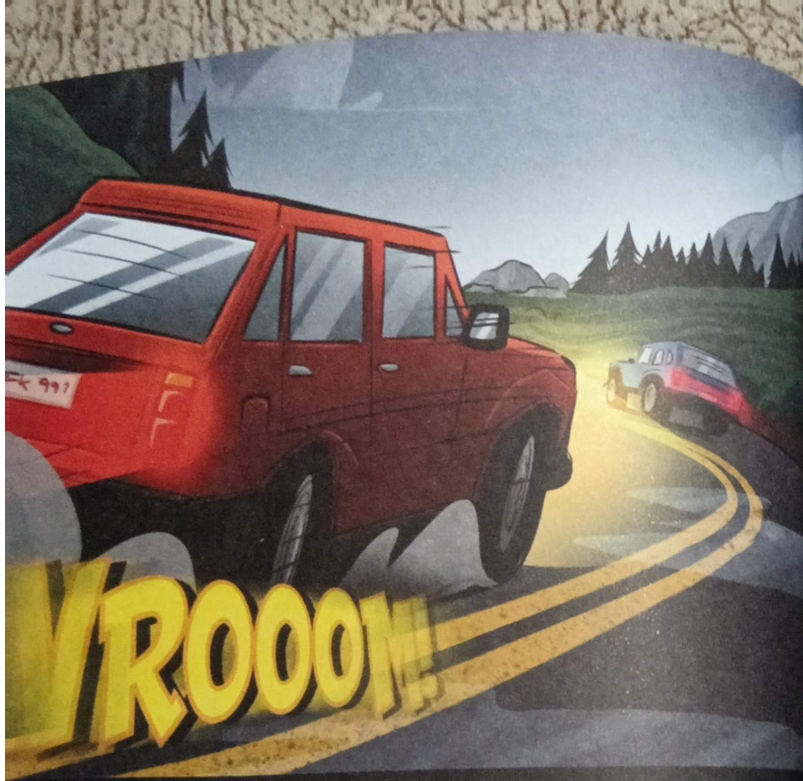
—Todo estará bien —dijo ella—. Solo hagan lo que ellos dicen.

Impulsivamente, Alex se abalanzó sobre el conductor. Una mano grande lo empujó con fuerza y lo devolvió a su asiento.

—No seas estúpido —gritó el conductor y dio un volantazo, esquivando por poco un auto estacionado—. Quédate quieto y mantén la calma; y todo esto terminará antes de que te des cuenta.

Las camionetas aceleraron por el camino rural, y Cyprus Hill se hizo cada vez más pequeño en el espejo retrovisor. Una creciente sensación de temor se apoderó del grupo, y Alex hizo lo único que podía hacer bajo aquellas circunstancias: permaneció en su asiento y elevó una oración.









## Capítulo 6

### EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO

Joshua entró a la cocina desde el patio trasero. Después de lavarse bien las manos en el fregadero, se sentó en la mesada y observó a su padre cortar los últimos vegetales para la ensalada. Luego, comenzó a repartir porciones de ensalada en numerosos recipientes plásticos.

Ambos trabajaron en silencio durante unos minutos.

—¿Cómo estás, hijo? —preguntó Ben mientras cubría uno de los recipientes llenos con un plástico transparente.

—Estoy bien.

Ben tomó un puñado de zanahoria rallada y lo esparció sobre la lechuga del recipiente contiguo.

—Tu abuelo te quería mucho...

—Lo sé.

—Me dijo muchas veces que creía que algún día serías un gran cocinero.

—También me lo dijo.

Ben hizo una pausa.

—Joshua, quiero que sepas que no fue idea de tu abuelo que viniéramos a Cyprus Hill, sino mía. Podríamos habernos quedado en Chicago, donde habría tenido más posibilidades de encontrar trabajo, y quizá podríamos haber continuado viviendo en el departamento con vista al parque. Pero tu madre y yo sentimos que tu abuelo no

debía estar solo, especialmente cuando su enfermedad se agravó. Éramos la única familia que tenía, por fuera de tu tío Andy. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Yo no tenía idea de lo que iba a suceder en ese momento, Joshua. Primero Stacy se enfermó, luego tuve que comprar esos neumáticos nuevos...

—Está bien, papá. De verdad.

Ben miró a Joshua. Luego, dijo:

—Las cosas van a mejorar, lo prometo. Ya verás, estoy seguro de que algo está a punto de suceder...

Ring.

El teléfono, que colgaba de la pared, al lado del refrigerador, interrumpió el discurso de Ben.

Ring.

Ben miró a su hijo.

—¿Deberíamos atender? No hay nadie más en la casa en este momento.

Ring.

—Supongo que sí —dijo Joshua—. Quizá sea la mamá de Alex, o alguno de sus amigos, y quieran explicarnos por qué no han regresado aún del supermercado.

Ring.

Ben se apresuró al teléfono y atendió.

—Hola, usted se ha comunicado con la casa de la familia Timmons —dijo.

Del otro lado, una voz masculina respondió:

—Hola, estimado Ben. ¿Sabes quién soy, verdad?

Ben frunció el ceño.

—No.

—Te habla Martin Howell. Trabajé para tu hermano mayor, Andrew. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que el villano que nos encargó perseguir era, en realidad, un pariente...

—¿Qué quieres?



—Me alegra saber de ti —dijo Howell—. Cuéntame, ¿cómo está tu familia? No, espera. Eso debería ser fácil de averiguar porque tengo a tu familia o, al menos, a la mitad de tu familia a mi lado.

Ben frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Verás, estoy aquí con tu encantadora esposa y la pequeña Stacy. Debes sentirte muy orgulloso.

En ese momento, Joshua vio cómo el color de la cara de su padre se drenaba y se ponía pálido.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Ben, vacilante.

—Ya que lo preguntas, me he tomado la libertad de invitar a tu esposa, a tu hija y a otros tres niños muy molestos para que sean mis invitados por un tiempo. Espero que no te importe.

Ben sintió que sus rodillas se debilitaban y que una horrible sensación recorría su cuerpo.

—¿Qué pretendes?

—Mmm... no lo sé. Supongo que me sentía solo. Pero estoy perfectamente dispuesto a devolverlos, si me haces un simple y pequeñísimo favor.

—¿Cuál?

Ben escuchó reír al hombre que estaba al otro lado de la línea.

—En este último tiempo, he desarrollado gusto por los relojes. Especialmente, por aquellos ejemplares antiguos que pueden costar hasta... no lo sé... unos 22 mil dólares. Quisiera comenzar mi colección cuanto antes. Porque eso es lo que hace un coleccionista, ¿verdad? Coleccionar cosas.

Howell hizo una pausa.

—Por esas casualidades, ¿sabrías dónde podría encontrar un reloj con esas características?

Ben miró a su hijo. Luego, habló en el teléfono.

—¿Secuestraste a mi esposa y a mi hija?

Howell se rio.

—Oh, no. "Secuestrar" es una palabra muy fuerte. Digamos que los tomé prestados. Sí, eso suena mucho mejor. Los tomé prestados para que pudiéramos hacer un intercambio: tú me entregas el reloj, y yo te devuelvo a tu familia y a los tres niños molestos, sin cargo adicional. ¿Aceptas el trato?

Ben cerró los ojos, su mente era un torbellino.

—Y... ¿y si no estoy de acuerdo con ese trato?

—No eres tan estúpido —dijo Howell con la voz desbordada de ira—. Incluso un asistente de cocina, sin experiencia y sin trabajo, sabría lo que le conviene. Entonces, esto es lo que harás, pequeño Ben: irás a la oficina del abogado y sacarás el bonito reloj de papá de la caja fuerte. Volveré a llamarte en una hora, aproximadamente, para decirte dónde haremos el intercambio. Y una cosa más: mantengamos esta simple transacción entre nosotros. No soy muy aficionado a los policías y, a decir verdad, ellos tampoco sienten simpatía por mí. ¿Entiendes lo que digo?

Ben sintió que estaba a punto de vomitar.

—Sí —dijo suavemente.

—Excelente. Ahora, para cerrar esta conversación, quisiera que escuches a alguien que confirmará que no estoy bromeando.

En ese instante, hubo algunos ruidos en la línea. Era evidente que le estaban pasando el teléfono a otra persona. Finalmente, se oyó una voz femenina:

—Ben, haz lo que te dice. Tiene a Stacy.

Ben abrió la boca para responder, pero la comunicación había terminado y todo lo que quedó en la línea fue el incesante y reiterativo tono que indicaba que la llamada había finalizado.

Tembloroso, colgó el teléfono y giró para mirar a Joshua.

—Hijo —dijo—. Ve al lado y pídele a la señora Shepherd que llame a su esposo. Necesito hablar con él de inmediato.



Joshua frunció el ceño.

—¿Qué está pasando, papá? ¿Dónde están mamá y Stacy?

Ben presionó la palma de sus manos contra su rostro.

—Tu tío ha hecho algo muy, muy malo. Date prisa, Joshua.

¡Por favor, date prisa!



Alex miró a su alrededor. Shane y Alicia estaban sentados a su lado en el sofá. Ann permanecía de pie, al otro lado de la habitación, junto a la ventana, balanceando a Stacy en sus brazos. En el otro extremo de la habitación, Martin Howell tamborileaba con sus dedos sobre la superficie metálica de una mesa, mientras observaba a la señorita Bender hurgar en cada una de las alacenas.

—No hay nada aquí —anunció con frustración.

Howell golpeó su puño contra la mesa.

—De todas las cabañas desiertas en West Virginia, teníamos que usurpar la única que no tenía comida —gruñó—. No hay ni siquiera una lata de garbanzos. ¿Qué tipo de cabaña es esta?

—Es una cabaña de fin de semana, señor —respondió Alex, levantando la mano.

Howell se volvió.

—¿Cómo dices?

—Es una cabaña de fin de semana. Sus dueños generalmente vienen durante el fin de semana, para alejarse de la ciudad. Y traen comida con ellos.

—Exacto —asintió Shane—. Y dado que hoy es viernes, probablemente aparecerán en cualquier momento. Luego, llamarán a la policía. Las autoridades vendrán, los arrestarán y los arrojarán a la cárcel por secuestrarnos.

Howell se puso de pie y caminó amenazadoramente hacia el niño.

—Eres un niño gordo y malcriado, y hablas demasiado. Para tu información, nos habremos ido antes de que algo así suceda. Por eso, espero que Ben Gabbert sea lo suficientemente inteligente como para hacer lo que ordeno o...

—¿O qué? —interrumpió Ann—. ¿Qué harás?

Howell sonrió.

—Eso es algo que yo decidiré.

—No podrán salirse con la suya —dijo Ann, presionando a su bebé cerca de su pecho.

—“No podrán salirse con la suya” —repitió Howell, con tono burlón—. Yo no aseguraría eso, señora. El plan era secuestrarte a ti y al bebé. Pero la suerte ha querido que tengamos tres rehenes extra. Y eso eleva mis posibilidades de negociar en gran manera.

—¿Acaso sabes quiénes son estos niños?

—¡A quién le importa!

Ann rio entre dientes.

—Bueno, para tu información, dos de ellos...

—Forman parte de familias que seguramente están muy preocupadas en estos momentos —dijo Alex, poniéndose de pie de un salto y arrojando a Ann una mirada de advertencia.

Ella asintió. Si los secuestradores se enteraban de que el padre de Shane y Alicia era el comisario del pueblo, la situación podría empeorar drásticamente.

—Además —Alex continuó—. Mi madre haría cualquier cosa para recuperarme. Así que me parece que has dado con los mejores rehenes que podrías pedir.

Howell sonrió con orgullo.

—Eso es exactamente lo que yo pensé.

La señorita Bender regresó de la cocina y permaneció de pie al lado de Howell.

—Escúchame bien, Martin —dijo en un tono casi maternal—. No vamos a lastimar a nadie. Lo único que debemos hacer es conseguir ese reloj y regresar a Chicago.



Luego, mirando a Ann y a los tres Conquistadores, agregó:  
 –No deben preocuparse. Martin habla como una bestia, pero, debajo de todos esos tatuajes, es una buena persona.

Howell frunció el ceño.

–¡Cierre la boca, señorita Bender!

Ella sonrió dulcemente.

–No lastimarás a estas buenas personas, ¿verdad?

Howell gimió.

–¿Ves? A esto me refería cuando dije que no era buena idea traerte con nosotros. Tú no tienes el estómago necesario para este tipo de trabajos. Eres blanda. Le advertí a Gabbert, pero no escuchó. ¡Se lo advertí! –exclamó, y se fue a la cocina a hurgar las alacenas, abriendo y cerrando las puertas con ira.

Ann se volvió hacia la señorita Bender.

–Él... no nos lastimaría, ¿verdad?

La mujer con cabello rubio blanquecino frunció el ceño ligeramente al tiempo que una sensación de inquietud se apoderaba de su estómago.

–No lo creo –dijo, vacilante.



–Y esa es toda la historia –concluyó Ben, de pie ante el comisario Curtain y su esposa, Lisa, en la sala de estar de la familia Timmons-. Lamento mucho la situación, oficial. Jamás pensé que irían tan lejos.

El comisario asintió.

–No es tu culpa, Ben –dijo, peinando su cabello rojo con una mano-. Shane y Alicia te aprecian mucho, y estoy seguro de que no te responsabilizan por esto. Tampoco yo. Pero la realidad es que tenemos una situación potencialmente peligrosa aquí. Por favor, cuéntame nuevamente lo que la mujer dijo cuando llamaste a la oficina del abogado.

–Su recepcionista me informó que el señor Perry está de campamento por el fin de semana y que no volverá hasta el lunes. No hay forma de contactarlo. Desafortunadamente, él es la única persona en la Tierra que conoce la combinación de la caja fuerte donde se almacena el reloj.

Ben hizo una pausa. Luego, preguntó nerviosamente:

–Comisario, ¿qué vamos a hacer?

El comisario se sentó en el sofá, junto a Joshua.

–Cuéntame sobre Martin Howell –dijo-. ¿Qué sabes de él?

Ben sacudió la cabeza.

–Es un matón de poca monta, egocéntrico, con más músculo que cerebro. Andy suele mandarlo a intimidar a las personas que le deben dinero.

–¿Y tu hermano?

Ben suspiró.

–No pensé que Andy fuera capaz de hacer algo como esto, pero evidentemente me equivoqué.

La señora Timmons atravesó la puerta principal al trote. Al ver al comisario, preguntó:

–¿Alguna novedad? ¿Han tenido noticias de ellos de nuevo?

–No, todavía no –respondió el comisario Curtain.

Lisa y Rose se abrazaron.

–Lo siento mucho –dijo Lisa.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó la señora Timmons, sin aliento.

El temor se notaba en sus palabras.

–Vamos a recuperarlos –afirmó el comisario, con confianza.

–¿Cómo?

Él sacudió la cabeza.

–Te lo diré en cuanto lo sepa.

Ring.

El comisario Curtains levantó la mano para indicar que Ben debía atender la llamada entrante. El grupo se apresuró a la cocina y permaneció reunido cerca del teléfono.



Ring.

–Intenta escribir todo lo que te diga –dijo el comisario a Ben, entregándole un bolígrafo y un pequeño anotador.

Después de estirarse y respirar profundamente, Ben levantó el teléfono:

–Hola –dijo.

Los demás lo observaron asentir y comenzar a escribir.

–¿Dónde? Ah, sí, sé dónde está... Sí, puedo hacer eso... –dijo, mientras garabateaba–. ¿A qué hora? ¿Tres en punto? Por supuesto. Allí estaremos. ¿Cómo dice? De acuerdo, solo yo... Sí, sin policías... Solo yo y el reloj.

Del otro lado, dieron por finalizada la comunicación y Ben colgó lentamente el teléfono. Mirando a los demás, dijo:

–Se supone que debo llevar el reloj a Benson Park a las tres. Me encontraré allí con la señorita Bender, la secretaria de Andy, al pie de la estatua del héroe de guerra. Howell estará esperando que regrese. Dice que si ella no regresa con el reloj, lo lamentaremos.

La señora Curtain hundió el rostro en el hombro de la señora Timmons.

–Ay, mis dulces hijos... –lloró.



Howell estaba inquieto. No estaba acostumbrado a la tranquilidad propia de una cabaña del bosque. Además, la espera le ponía los nervios de punta. Incluso los pájaros que cantaban fuera de las ventanas parecían irritarlo.

–Será mejor que haga lo que le dije... –murmuraba mientras paseaba de un lado a otro de la sala de estar.

La señorita Bender intentó calmar a su compañero con una sonrisa tranquilizadora.

–No te preocupes, Martin. Obtendré el reloj y nos iremos. Y estas amables personas podrán regresar sanas y salvas.

Howell se detuvo y la señaló.

–Eres un verdadero dolor de cabeza, ¿lo sabes?

La señorita Bender parpadeó.

–¿Cuál es el problema?

–Sigues dando falsas esperanzas a los rehenes y haces que todo esto suene como un juego. Pero esto no es ningún juego. Hablo en serio, ¡será mejor que consigamos ese reloj de una forma u otra! –gritó Howell, y levantó los brazos–. ¿Acaso no hay nada para comer en esta estúpida cabaña? Estoy hambriento. No desayuné y anoche se hizo tan tarde que no tuvimos tiempo de comer. Ahora que lo pienso, no he probado bocado desde ayer por la tarde...

La señorita Bender se echó a reír:

–¿Acaso llamas comida a todo el alcohol que bebiste?

La cara de Howell se puso roja como un tomate.

–Bueno, ¿qué tal si intentas hacer algo útil? –gritó–. ¡Encuentra algo para comer!

Alex se aclaró la garganta:

–Señor, creo que puedo ayudarlo con eso.

Howell lo miró.

–¿Cómo?

–Bueno, quizá no lo haya notado, pero tenemos todos los ingredientes para preparar un delicioso estofado en la camioneta: hay pasta, tomates, pimientos verdes y legumbres. Estaremos más que felices de cocinar para usted. Todo ayuda a nuestra especialidad en...

–¡Excelente! –bramó Howell–. Ponte a cocinar. Y no intentes nada estúpido. Recuerda que está en juego el bienestar del bebé.

–Sí, señor, lo sé –dijo Alex, levantándose–. Trabajaremos en silencio y lo más rápido que podamos.

Luego, se volvió hacia Alicia y Shane, y dijo:

–Alicia, busca una olla grande y coloca abundante agua a hervir para la pasta. Shane, necesito que busques cuchillos



afilados y revises las alacenas en busca de ajo en polvo. Como no estaba en la lista, no compré ajo en el supermercado. Pero sí tenemos una botella de salsa ahumada.

Howell parpadeó.

–Suenas como una ama de casa profesional –dijo sarcásticamente.

–Se equivoca, señor –dijo Alex, levantando la barbilla–. ¡Soy cocinero profesional!

–¿Estás seguro de que quieres hacer esto? –susurró Alicia–. Tengo entendido que el asesinato por indigestión es un crimen.

–No te preocupes –respondió Alex con una sonrisa–. He aprendido mucho desde el martes.

Minutos más tarde, una gran olla de agua burbujeaba sobre la hornalla de la cocina. Alex dejó caer un paquete entero de pasta con forma de letras. Sobre la mesada, Alicia abrió una lata de tomate, mientras que su hermano trabajaba cortando una cebolla y apartando las lágrimas que corrían por sus mejillas regordetas.

Cuando la pasta estuvo cocida, Alex, que había estado extrañamente en silencio, drenó el agua y dejó a un lado la olla. Luego, antes de continuar, se limpió las manos con una toalla y se apresuró a la sala de estar.

–Señor Howell –llamó.

–¿Qué deseas?

–Creo que necesito hablar con mi madre.

–¿Para qué?

–Bueno, ella podría pensar que todo esto es un juego. Mis amigos y yo siempre jugamos a policías y ladrones, vaqueros e indios, y cosas así. Quizás ella esté subestimando la situación y crea que es solo un juego. Puede que le diga a Ben que esto no es serio y que no necesita buscar ningún reloj.

Howell apretó sus labios y asintió lentamente.

–Sí... Puede que tengas razón –dijo.

Levantó el teléfono, se lo pasó a Alex y ordenó:

–¡Llámalas! Y nada de trucos. Estaré escuchando todo lo que digas, y más te vale no revelar dónde estamos o te convertirás en parte de mi almuerzo.

Alex asintió mientras miraba a Shane y Alicia de pie junto a la mesada de la cocina. Con la mirada, sus amigos cuestionaron su extraña acción. Alex marcó el número de su casa y esperó. Luego, habló:

–Hola, ¿mamá? Esta puede ser la primera y última vez que pueda hablar contigo, así que escucha atentamente lo que voy a decirte.

Hizo una pausa. Luego, habló lento pero seguro:

–Estamos bien, pero será mejor que hagas lo que el señor Howell dice porque es un hombre de palabra, como todos los del norte. Diez minutos atrás, decidí llamarte para que no estuvieras tan triste ya que hemos estado separados durante varias horas y algunos minutos. Los fines de semana son nuestra parte favorita de la semana, y si hacemos lo que el señor Howell dice pronto podremos volver a disfrutarlos juntos en casa. Los cocineros no tenemos espíritu de co-bardía, así que no voy a preocuparme por estar atrapado en este estofado. Por favor, quiero que sepas que te amo y que espero estar de regreso en casa muy pronto. Adiós.

Alex colgó el teléfono y sonrió:

–Listo. Ahora sí lo ha entendido todo.

Howell se encogió de hombros.

–Espero que así sea.

Alex sonrió.

–Yo también.

Mientras tanto, en la casa de Alex, el comisario Curtain devolvía lentamente el teléfono a su sitio.

–Era Alex –anunció a los demás–. Me llamó “mamá”.

La señora Timmons frunció el ceño.

–¿Qué dijo?



El comisario se rascó la cabeza.

–Fue muy extraño. Estoy convencido de que se dio cuenta de que era yo el que atendió, pero me llamó “mamá” de todos modos. Luego, habló y habló... Dijo que no debíamos tener miedo. Fue un poco melodramático al principio, pues dijo que quizás era la primera y la última vez que hablaba conmigo...

La señora Timmons respiró hondo.

–¿Qué está sucediendo aquí? ¿Será que les ocurrió algo malo?

Joshua levantó su mano, pensativo.

–¿Qué fue exactamente lo que dijo? –preguntó.

El comisario Curtain miró el bloc de notas donde había estado escribiendo el extraño mensaje.

–Dijo: “Esta puede ser la primera y última vez que pueda hablar...”

–¡Lo tengo! –exclamó Joshua, poniéndose de pie de un salto.

–¿Cómo dices?

–El primero y el último. Es el nombre de un juego que jugamos anoche en la carpa. Shane y Alex lo inventaron. Tienes que tomar la primera y la última palabra de cada oración y con eso se forma un mensaje secreto. Fue muy divertido.

El comisario arrugó su frente y volvió a mirar sus notas.

–¿De verdad crees que Alex estaba enviando un mensaje secreto?

–Hagamos la prueba para averiguarlo –dijo Joshua.

El comisario caminó hacia la mesada de la cocina y apoyó el anotador. Luego, comenzó a subrayar la primera y la última palabra de cada oración del mensaje. Cuando terminó, levantó la vista y sonrió.

–Estos niños nunca dejan de sorprenderme –dijo con satisfacción.

–¿Qué dice? –preguntó Joshua, con entusiasmo.

El comisario se aclaró la garganta y leyó:

–Dice: “Estamos, norte, diez minutos, los fines de semana, casa, los cocineros, estofado, por favor, pronto”.

Cuando hubo terminado de leer, levantó la vista y miró a sus compañeros.

–Están a diez minutos al norte –concluyó Joshua.

–En una casa de fin de semana –agregó la señora Timmons.

–Y están cocinando estofado –asintió Ben.

Luego, pensando en sus propias palabras, añadió:

–¿Por qué estarán cocinando estofado?

El comisario Curtain tomó el teléfono y marcó rápidamente el número de la estación de policía. Cuando alguien respondió, ordenó:

–Oficial Pester, le habla el comisario. Prepárese para salir. Y traiga a un grupo de hombres. ¡Nos vamos de caza!



–¿Cuánto falta para comer? –preguntó Howell desde la sala de estar de la acogedora cabaña-. Debo confesar que ese estofado huele bastante bien.

–Ya casi está –respondió Alex, revolviendo la olla.

Luego, agregó dos cucharaditas de albahaca y una cucharada de salsa ahumada a la mezcla.

–Solo resta añadir la pasta cocida, tapar y dejar que todo se termine de cocinar a fuego lento durante quince minutos. Te va a encantar, te lo aseguro.

Alex se acercó a la ventana y comenzó a abrirla.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó la señorita Bender desde el otro extremo de la mesada.

–Estoy un poco sofocado –explicó Alex-. Cocinar estofado produce mucho vapor en la cocina. Y hace calor.



—Es verdad —coincidió la señorita Bender—. Hace mucho calor aquí.

—Quizá podríamos usar esto para sacar el vapor del ambiente más rápidamente —sugirió Alex, sacando un pequeño ventilador de una de las gavetas y colocándolo sobre la mesada—. Si logramos encenderlo, enviará todo el vapor hacia el exterior.

La señorita Bender sonrió.

—Eres un niño inteligente —dijo con admiración.

—Oh, solo intento ayudar —respondió Alex, con una sonrisa tímida.

Howell entró en la cocina y respiró profundamente.

—Si ese guiso sabe tan bien como huele, te contrataré para que prepares mi almuerzo hasta que muera.

—Estará listo muy pronto —anunció Alex.

—Intentaré encontrar algunos tazones y cucharas —ofreció la señorita Bender mientras revisaba nuevamente cajones y alacenas. Howell la detuvo tomándola del brazo.

—Nada de eso. Tienes que ir a la ciudad y conseguir ese reloj.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Son casi las tres. Recuerda, después de obtenerlo, debes regresar aquí lo más rápido que puedas. Y diles a esos idiotas que no te sigan. No dejes de mirar el espejo retrovisor a medida que manejas. Si ves cualquier cosa sospechosa, para y espera a que se vayan. Ah, y no uses la camioneta naranja que tomamos "prestada". No queremos levantar sospechas. Encontré un mapa en la camioneta de Ben. Hay un camino que conduce hacia el norte y nos permitirá salir del Estado en tiempo récord. En cuanto regreses, saldremos de Cyprus Hill para siempre.

—¿Y qué harás con estas personas? Las dejarás ir, ¿verdad?

—Claro —dijo Howell con una sonrisa astuta—. Soy un hombre de palabra.

La señorita Bender miró a su compañero y frunció el ceño.

—Martin Howell, conozco esa mirada. Me estás ocultando algo. ¿Qué vas a hacer?

Howell sacudió la cabeza y empujó a su compañera hacia la puerta principal.

—Vete y no te preocupes. Mientras tanto, estaremos aquí disfrutando de una buena comida y procuraremos dejarte una porción para cuando regreses. Luego, regresaremos a Chicago.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Ahora, ve al parque de Cyprus Hill y trae ese reloj de 22 mil dólares. Y conduce con cuidado.

La señorita Bender asintió.

—De acuerdo, Martin. Pero no quiero que ocurra nada malo.

—¡VETE! —ordenó Howell—. Y deja de preocuparte de una vez. Yo me encargaré de todo.

La señorita Bender caminó vacilante hacia la camioneta y se subió. Howell observó mientras ponía en marcha el motor y se alejaba lentamente. Cuando la perdió de vista, volvió a entrar en la cabaña y gritó:

—Muy bien, ¿dónde está mi estofado? ¡No tengo todo el día, y lo quiero ya!









## Capítulo 7

### TODO RESUELTO

Alex escuchó la orden de Howell y se encogió. Nunca en su vida había cocinado nada que alguien estuviera dispuesto a comer. Por más que lo intentara, no había logrado combinar los ingredientes de la manera correcta. Ahora, su seguridad, y la seguridad de los demás, dependía de su escasa habilidad culinaria.

—¿Qué está sucediendo aquí? —bramó Howell desde la puerta, haciendo que Alex saltara—. No tengo todo el día. ¿Acaso el estofado no está listo?

—Sí, señor —respondió Alex, tratando de calmarse—. Póngase cómodo, y Shane se lo llevará en solo un momento.

—Estaré en la sala, junto a la ventana, donde tengo una buena vista del camino —gruñó el hombre—. Llévalo allí.

Alex asintió y llamó a Shane, quien corrió hacia la mesada en cuanto Howell se retiró de la cocina.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Shane mientras Alex terminaba de llenar varios tazones con el humeante estofado.

—Lleva estas porciones a la sala de estar, ¿de acuerdo? —instruyó Alex—. Y asegúrate de que cada uno tenga una porción.

Minutos más tarde, Alicia, Shane, Alex, Ann y su secuestrador estaban sentados en la sala de estar, listos para disfrutar de su almuerzo.

—¡Bon appétit! —dijo Alex, usando una expresión francesa que Ben le había enseñado.

Howell olfateó el guiso espeso y colorido. Luego, sumergió la cuchara, revolvió su porción y se llevó una cucharada a la boca. Finalmente, sonrió.

—Nada mal —dijo, con la boca llena—. De hecho, está exquisito.

Los ojos de Alicia se abrieron de par en par mientras probaba una cucharada de su porción.

—A decir verdad —dijo—, está delicioso. ¡Completamente delicioso!

A su lado, Shane devoraba un bocado tras otro de su tazón, saboreando a toda velocidad, sin emitir ni una palabra.

Mientras Alex observaba al grupo disfrutar a sus anchas del estofado que había preparado, su corazón se llenó de orgullo. Por primera vez, sentía la alegría que proviene de hacer felices a los demás al mezclar con habilidad varios ingredientes. Sí, Ben tenía razón. Esto era divertido. Muy divertido. Y sintió la alegría adicional de saber que lo que había preparado era saludable para todos.

De repente, la puerta principal explotó, se hizo añicos y la madera astillada voló en todas direcciones. Un grupo de policías uniformados y armados irrumpió en la cabaña, con sus armas en alto. El jefe del operativo gritó:

—¡AL SUELO! ¡TODO EL MUNDO AL SUELO!

Alex y los demás se lanzaron al suelo, pero Howell se puso de pie.

—¡Ni siquiera parpadees! —ordenó el comisario Curtain, cruzando la habitación y apuntando con su revolver a la cabeza del hombre.

Al darse cuenta de que no había forma de escapar, Howell levantó lentamente las manos sobre su cabeza. Un grupo de oficiales lo rodeó, llevaron sus brazos contra su espalda y colocaron las esposas alrededor de sus muñecas.



Después de palpar su cuerpo y su ropa, el oficial Pester informó a su jefe:

–No está armado, comisario –dijo.

Entonces, el comisario bajó su arma y se acercó hasta quedar cara a cara con el delincuente.

–No me agrada la gente que secuestra a los ciudadanos de mi ciudad, especialmente cuando dos de esos ciudadanos son de mi propia carne y sangre.

Howell miró a Alicia y Shane, ambos coronados con el mismo tono de cabello rojo que se asomaba por debajo del casco del comisario. Su rostro palideció al darse cuenta de cuántos problemas enfrentaría. ¡En su prisa por robar el reloj, había secuestrado a los hijos del comisario de la ciudad! Sin pronunciar palabra, permitió que los oficiales lo sacaran de la cabaña.

Ben había recibido órdenes de esperar en una posición alejada, mientras la policía allanaba la cabaña. Ahora, al observar que Howell era llevado a un patrullero, corrió hacia él, pero un par de policías lo detuvieron.

–Howell, ¿dónde está Andy? ¿Dónde está mi hermano? –gritó.

Howell rio entre dientes.

–Probablemente donde lo dejamos, en el hotel, cerca de la estación de autobuses.

Ben logró soltarse de las fuertes manos que lo sostenían, subió presuroso los escalones y entró en la cabaña. Allí, sonrió al ver al comisario abrazar a sus dos hijos con fuerza. Su sonrisa fue mayor cuando descubrió a Ann y a la pequeña Stacy cerca. Con un grito de felicidad, les dio un gran abrazo. Por varios minutos, nadie dijo nada.

Finalmente, Alex, que estaba de pie junto al sofá, sin nadie para abrazar, rompió el silencio.

–¿Cómo nos encontraron tan rápido? –preguntó.

El comisario sonrió.

–Gracias a Joshua. Él recordaba el juego y pudo descifrar el mensaje.

Hizo una pausa y luego, entre risas, añadió:

–Debo destacar que no dejaste nada librado al azar. ¿Un código secreto y un estofado que se puede oler desde una milla de distancia? ¿Qué planeabas hacer a continuación? ¿Enviar señales de humo?

Alex se encogió de hombros.

–Para ser honesto, me estaba quedando sin ideas. Pero entonces me di cuenta de que, si seguía orando, Dios me ayudaría a pensar un plan.

Interrumpiendo la escena, Ben dio un paso adelante y habló con el señor Curtain:

–Comisario, esto aún no ha terminado. Howell me dijo dónde está mi hermano. Será mejor que vayamos a buscarlo.

El comisario asintió.

–Haré que mis oficiales los trasladen a casa –dijo a los demás–. Alex, llama a tu madre Y hazle saber que estás a salvo. Ben y yo nos uniremos a ustedes más tarde. Ahora, tenemos trabajo que hacer.

Ann palmeó el brazo de su marido. Ben sonrió valientemente y luego siguió al comisario hasta el patrullero.



El hotel estaba prácticamente vacío. Solo unos pocos autos quedaban estacionados en los espacios ubicados frente a las habitaciones. El gerente del lugar acompañó al comisario Curtain y a Ben hasta una habitación en el extremo más alejado del edificio. Una vez allí, descolgó del pomo de la puerta el letrero que decía: "No molestar".

–Ese letrero lleva ahí todo el día –explicó el gerente–. Ni siquiera tuve la oportunidad de limpiar la habitación.

Ben se acercó a la puerta y llamó:



—¿Andy? ¿Andy? ¿Estás ahí?

Los hombres escucharon un débil susurro. Luego, silencio.

El comisario le hizo una seña al gerente para indicarle que usara la llave maestra y abriera la puerta. Luego, sacó su revólver y entró. Segundos después, volvió a salir.

—Tal vez sea mejor que tú resuelvas esto —le dijo a Ben al tiempo que enfundaba su arma—. Estaré aquí, esperándote.

Ben ingresó rápidamente en la habitación. Su hermano permanecía sentado en el piso con los brazos y las piernas atadas; una tela daba varias vueltas a su cara y cubría su boca. Se lo veía avergonzado y triste.

Andrew trató de hablar, pero no pudo. Ben rio y se arrojó a su lado para comenzar a desatarlo.

—Lo siento —jadeó Andrew tan pronto como Ben retiró la mordaza—. Lo siento mucho. ¿Están todos bien?

—Sí, todos están bien —dijo Ben tranquilizándolo—. El comisario y sus oficiales han puesto a Howell bajo arresto. Además, mientras estábamos de camino, capturamos a tu secretaria, quien se entregó a las autoridades, en las inmediaciones de Benson Park.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Andrew.

—Ben, no tenía idea de que ellos...

—Lo sé —respondió Ben, terminando de desatarlo.

Al ver el intenso dolor en los ojos de su hermano, le dio un abrazo.

—Te quiero, hermano —dijo—. Sé que no tuviste nada que ver con esto.

Los dos hombres se abrazaron por un largo rato. El dolor y la tensión dieron paso al llanto. El comisario permaneció en silencio en la puerta, con una sonrisa cansada en su rostro. Shane y Alicia estaban a salvo. Alex estaba a salvo. Y Ben y su familia pronto se reunirían. No todos los casos de secuestro se resolvían tan bien. Pero, cuando las personas podían ser rescatadas sanas y salvas, era maravilloso.



Los meses de verano pronto llegaron a su fin, y los vientos de otoño comenzaron a sacudir las abundantes y coloridas hojas que coronaban los árboles de Benson Park. Los autobuses escolares deambulaban por los alrededores de la escuela mientras los estudiantes, de todas las edades, iban y venían, cargando mochilas pesadas y llenas de libros, cuadernos y útiles escolares.

Una brillante y dorada mañana de octubre,<sup>3</sup> Alex, Shane y Alicia se apresuraron por un camino alfombrado con hojas provenientes del parque. El ritmo del ciclo escolar ya era parte consolidada de sus rutinas: estudiar, jugar, comer y dormir. Era una rutina cómoda y, de a momentos, desafiante.

Los tres miembros del Club de Especialidades no lamentaban que las vacaciones de verano hubieran llegado a su fin. Ellos disfrutaban cada hora, especialmente las destinadas a jugar. Pero el estudio también tenía su encanto. Las nuevas y flamantes insignias correspondientes a la especialidad de Arte Culinario permanecían firmemente cosidas a sus fajas de Conquistadores y demostraban cuánto disfrutaban de aprender cosas nuevas. Sin embargo, en aquel fresco día de otoño, cocinar no era algo que ocupara sus mentes. Si no se apresuraban, perderían el autobús escolar y llegarían tarde.

Al llegar a la calle que separaba el parque de la hilera de edificios que bordeaban el lado norte del pueblo, se detuvieron y ahuecaron sus manos alrededor de sus bocas.

—Josh, ¿estás listo? —gritaron.

Una cara sonriente se asomó por la ventana del segundo piso del nuevo establecimiento comercial de Cyprus Hill. Joshua saludó y luego desapareció, solo para reaparecer en la vereda, cargando su propia mochila llena de libros.

<sup>3</sup> Nota de la traductora: En el mes de octubre es otoño en Estados Unidos.



–¡Buenos días! –saludó–. ¡El último en llegar a la parada del autobús es un huevo revuelto!

Su exclamación tuvo el efecto de una bocina de largada, y los cuatro amigos se lanzaron en carrera.

Mientras se alejaban, la puerta principal del edificio se abrió, y Ben salió al exterior. Sonrió a los niños que corrían y llenó sus pulmones con el aire puro y sin contaminar del pequeño pueblo. Al darse vuelta, leyó las palabras escritas en letras grandes en el frente del edificio: "Restaurante de los hermanos Gabbert. Cocina al estilo de Chicago, en su máxima expresión".

–Bueno, no te quedes allí –llamó una voz desde el interior del restaurante recién inaugurado–. Tenemos menús para organizar, suministros que ordenar y personas a las que alimentar. Mis habilidades culinarias pueden no haber alcanzado su máximo potencial, pero estoy seguro de que permanecer respirando el aire fresco no atraerá nuevos clientes.

Andrew Gabbert salió a la luz del sol, con su immaculado traje de tres piezas y un maletín en la mano.

–Más vale que me apure. Debo llevar nuestro nuevo menú a la imprenta antes de las nueve en punto. Si llama el proveedor de pan, dile que no estoy para nada conforme con su nueva receta de pan de centeno. Estaba un poco seco para mi gusto. Ah, y la nueva máquina mezcladora que ordenamos debería llegar hoy. Recuerda, ya hemos pagado por el envío, así que no permitas que piensen que les debemos más dinero, porque ciertamente no es así.

Ben asintió.

–¿Algo más?

–Sí, una cosa más. Si la señorita Bender llega tarde una vez más, dile que...

–¿Qué quieres decirme? –preguntó la mujer, arribando a la escena, vestida con un delantal almidonado–. ¿Acaso

piensas despedirme? Para tu información, ya lo hiciste hace algunos meses. Y, para que lo sepas, Andrew Gabbert, soy la mejor mesera del pueblo. ¿Adónde más encontrarías tanta inocente belleza y sofisticación? Te doy un consejo: dedícate a tus responsabilidades y déjame atender a los clientes. Creo que les agrado, ¿no es así, Ben?

–Sí, los clientes están felices con su trabajo, señorita Bender –coincidió Ben, con entusiasmo–. Definitivamente, el negocio no iría tan bien sin su presencia.

–¿Te das cuenta? –dijo, con una sonrisa, mirando a Andrew–. Tu hermano tiene las cosas claras. Él sabe apreciar el trabajo eficiente. Y tú también deberías.

Luego, se inclinó y plantó un suave beso en la mejilla del hermano mayor.

Andrew Gabbert sonrió con timidez.

–¡Qué tonterías! –dijo–. La mesera besando al gerente financiero, justo aquí, en la puerta del restaurante. ¿Qué pensarán nuestros clientes?

Y, con esas palabras, giró sobre sus talones y se apresuró por la calle.

Ben se rio mientras observaba a su hermano mayor caminar de prisa en dirección a la imprenta. Volvió a mirar el letrero, pensó en su padre y en cómo su regalo de amor había hecho posible todo lo que tenían ahora. Luego, ingresó al restaurante para continuar preparando el menú del día. Había estado recibiendo muchos pedidos de un plato en particular, así que debía preparar una gran cantidad. ¿Quién hubiera pensado que la población de Cyprus Hill, en West Virginia, se enamoraría de un simple plato que su madre había inventado para él hacía tantos años?

–Enciende las hornallas, Ann –pidió mientras caminaba entre las ordenadas hileras de mesas–. Es hora de preparar otra gran olla de estofado para ir a dormir.



## Receta del estofado para ir a dormir

### Ingredientes

- 1 lata de tomates en cubos
- 1 1/2 tazas de pasta con forma de letras
- 1 cebolla pequeña, picada (opcional)
- 1/2 taza de pimienta verde, picado
- 2 cucharaditas de albahaca
- 2 latas de porotos rojos
- 1 lata de garbanzos
- 3 cucharaditas de salsa ahumada

### Instrucciones

1. Cocinar la pasta de acuerdo con las instrucciones del paquete. Colar y reservar.
2. Picar la cebolla y el pimienta verde.
3. Mezclar todos los ingredientes (excepto la pasta) en una olla grande.
4. Revolver de vez en cuando hasta que hierva.
5. Añadir la pasta cocida.
6. Tapar la olla y cocinar a fuego lento durante 15 minutos.

Rinde 8 porciones pequeñas.



## ARTE CULINARIO

1. Saber operar adecuadamente el tipo de cocina que se encuentra a disposición. Saber cómo prevenir los pequeños incendios con aceite o grasa en la cocina, y saber cómo apagarlos. Conocer las medidas de seguridad durante la cocción, especialmente en relación con los niños pequeños.
2. Saber cómo utilizar debidamente los utensilios de medición, tales como cucharas y tazas. Saber utilizar electrodomésticos, como batidora y licuadora.
3. Explicar las siguientes técnicas de preparación de alimentos:
  - a. Cocción
  - b. Parrilla (grill)
  - c. Fritura
  - d. Rehogado (fuego lento)
  - e. Horneado
4. ¿Cuáles son las formas más saludables para cocinar alimentos? ¿Qué es lo menos saludable? ¿Por qué?
5. Preparar correctamente:
  - a. Dos tipos de papilla
  - b. Una bebida caliente saludable
  - c. Huevos preparados de dos maneras distintas, que no sean fritos
6. Preparar lo siguiente, de manera saludable:
  - a. Papas, de dos maneras distintas
  - b. Tres verduras de tu elección





7. Conocer la pirámide de los alimentos. ¿Por qué es tan importante seguir esta información en nuestra dieta? Verificar tus comidas durante una semana para comprobar que se está comiendo lo que debería comerse.
8. Realizar correctamente, por lo menos, tres recetas vegetarianas.
9. Preparar un almuerzo vegetariano balanceado, que incluya alimentos constructores, reguladores y energéticos. Este almuerzo debe tener:
  - a. Un plato principal
  - b. Tres acompañamientos
  - c. Una ensalada cruda
10. Colocar la mesa correctamente y servir la comida.
11. ¿Por qué es importante comer verduras crudas todos los días?
12. Hacer un cuaderno de recetas. Preparar diez recetas que se hayan registrado allí.



**A**lex Timmons tiene un sueño: convertirse en un gran cocinero para ganarse su insignia de Arte Culinario del Club de Conquistadores. Pero hay un pequeño problema... ¡sus platos son un completo desastre! Mientras ayuda como voluntario en un comedor comunitario, Alex conoce a Ben Gabbert, un chef sin trabajo que acaba de llegar al pueblo con su familia. ¿Sería esta su oportunidad de mejorar sus habilidades entre ollas, cucharones y mucho desorden?

Lo que Alex y sus amigos no esperaban era terminar, sin querer, en medio de una situación en la que cocinar bien podría marcar la diferencia entre la perdición... y la salvación.

*Estafado por el estofado* es una historia llena de sabor, amistad, enredos, valores familiares y una pizca de fe, que te enseñará mucho más que seguir una receta de cocina.



editorialaces.com

